





Entre Sombras y Espíritus: El diario de Teyuna Yat es una recreación editorial inspirada en las tradiciones orales y relatos populares del Cauca. A través de la figura de Teyuna, un curandero mítico, se entretajan mitos, ilustraciones y reflexiones que forman parte del imaginario de la región.

Este trabajo busca preservar esa memoria y acercarla a nuevas generaciones, respetando el tono ritual y narrativo propio de la tradición oral.



ENTRE SOMBRAS Y ESPÍRITUS: EL DIARIO DE TEYUNA-YAT

Entre Sombras y Espíritus: El diario de Teyuna-Yat

Trabajo de grado presentado para optar al título de
Diseñador Gráfico

Universidad del Valle – Sede Meléndez
Facultad de Artes Integradas
Programa Académico de Diseño Gráfico
Cali, Valle del Cauca – Colombia
2025

Autor / Ilustrador / Diagramación y Maquetación
/ Diseño de portada: Lino Fernando Mera
Espinosa

Director del Proyecto: Miguel Bohórquez Nates

© Universidad del Valle – 2025

Todos los derechos reservados. Ninguna parte
de esta publicación puede ser reproducida,
almacenada en un sistema de recuperación de
información, ni transmitida en ninguna forma
o por ningún medio, sea electrónico, mecánico,
fotocopia, grabación u otros, sin el permiso previo
y por escrito del autor y de la Universidad del Valle.

La responsabilidad de las ideas, conceptos,
ilustraciones y afirmaciones expresadas en
este trabajo es exclusivamente del autor, y no
compromete a la Universidad del Valle.

Primera edición – Cali, Colombia – 2025

Impreso en Colombia.

*Dedico este diario a las voces que me precedieron:
a mi familia, que custodia historias como semillas;
a mis bisabuelos, que me enseñaron que recordar es
volver a vivir; a la montaña, que guarda cicatrices
y también fuerza.*

*A los chamanes y sabedores que, en mi niñez,
abrieron puertas hacia lo invisible.
Y a mi amada, que con su compañía iluminó el
camino, sosteniendo cada viaje, cada búsqueda y
cada descubrimiento.*

“El mito es expresión de un sistema de valores culturales que constituyen parte determinante de la organización social.”

—José Enrique Finol, en Mito y cultura guajira

— ¡CÓMO LLEGASTE AQUÍ? —

El papel cruje entre tus manos. Sus hojas, amarillentas y maltratadas por el tiempo, llevan la marca de los años y de advertencias escritas en los márgenes; algunos dibujos, trazados con prisa. Notarás que estos trazos no son uniformes. Algunos son sombras frenéticas, simples fantasmas de carbón. Otros, retratos nítidos de pesadillas. Unos pocos, estudios fríos y detallados como los de un naturalista que despieza lo imposible. No es un descuido. Es el método.

Este diario perteneció a Teyuna Yat, un hombre de otro tiempo, un chamán o curandero, como se les conoce en otros lugares, que nació en una época donde el viento traía los susurros de la montaña. Él caminó de Popayán a los pueblos cercanos, subió a los páramos donde el aire es tan frío que quema; bajó a las quebradas donde el agua canta historias antiguas.

Recolectó relatos de los mayores, enfrentó aquello que se esconde en las sombras y, fiel a su oficio de documentar lo indocumentable, desarrolló una forma de dibujar la verdad:

El boceto urgente para lo que sus ojos vieron en el momento del puro terror.

La ilustración mitica para las historias que le contaron los ancianos, ya pulidas por la tradición oral.

El análisis descriptivo/anatómico para lo que logró descifrar con paciencia, desentrañando la naturaleza de lo sobrenatural.

Todo esto lo escribió para aquellos que vendrían después. Para alguien como tú.

Pero... ¿por qué está en tus manos ahora?

Quizás siempre estuvo destinado a encontrarte.

Quizás fue el eco de los susurros en tus sueños, esos que te despiertan en las madrugadas con el corazón acelerado.

Quizás aquellas sombras que creías ver de reojo, en los callejones empedrados de tu pueblo, no eran producto de tu imaginación... y llevaban tiempo siguiéndote.

Ahora, este diario te pertenece. ¿Será por casualidad o por destino?

Las advertencias están ahí, dispersas entre las páginas. Habla de seres que no pertenecen al mundo de los

hombres, de sombras que emergen en los caminos solitarios, de voces que susurran desde la espesura de la noche. Y sus dibujos, en sus tres formas, son la primera y más clara de todas las advertencias.

Si decides seguir leyendo, recuerda esto: algunas historias no son simples relatos. Algunos nombres, como el Guando o la Llorona, no deben pronunciarse en voz alta después del atardecer, y mucho menos antes de las seis, cuando la luz se desvanece lentamente y las sombras se extienden, alargándose como dedos que buscan agarrar lo que se oculta en la penumbra.

Algunos mitos, como el del Duen-de que arrebató a los niños o el Animal del Infierno que acecha a los desprevenidos, nunca desaparecieron.

Solo se escondieron, esperando el momento para resurgir...



ÍNDICE



EL DUENDE CON APARIENCIA DE NIÑO	13
EL DUENDE CON APARIENCIA DE ANCIANO	20
EL DUENDE CON APARIENCIA DE MUÑECO	24
EL DUENDE ADVERTENCIAS Y RECOMENDACIONES	29



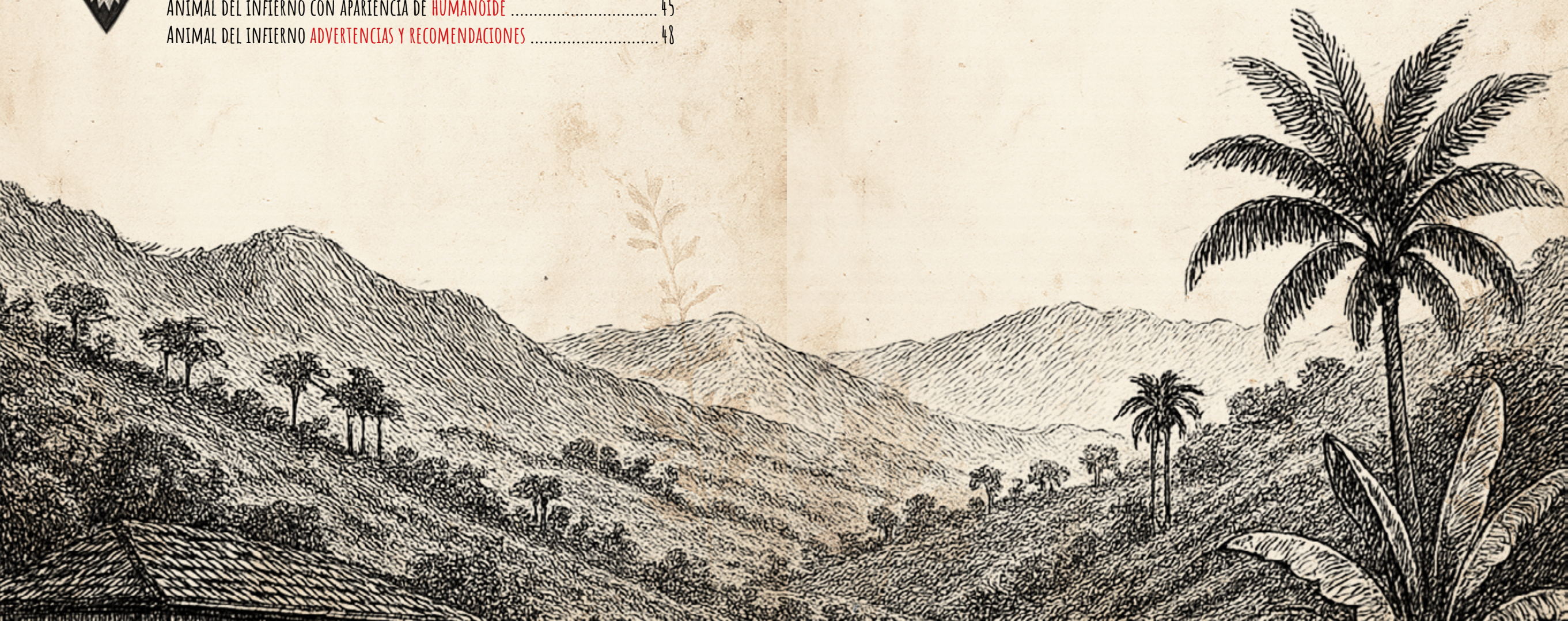
ANIMAL DEL INFIERNO CON APARIENCIA DE PERRO - LOBO	31
ANIMAL DEL INFIERNO CON APARIENCIA DE MONO	37
ANIMAL DEL INFIERNO CON APARIENCIA DE TORO	42
ANIMAL DEL INFIERNO CON APARIENCIA DE HUMANOIDE	45
ANIMAL DEL INFIERNO ADVERTENCIAS Y RECOMENDACIONES	48



LA LLORONA CON APARIENCIA DE MUERTO VIVIENTE	51
LA LLORONA CON APARIENCIA DE ANIMA "MEXICANA"	60
LA LLORONA ADVERTENCIAS Y RECOMENDACIONES	66



EL GUANDO CON APARIENCIA DE MUERTO EN VIDA	68
EL GUANDO CON APARIENCIA DE FANTASMA	74
EL GUANDO ADVERTENCIAS Y RECOMENDACIONES	79





CAPITULO 1



— EL DUENDE —

Anoche, el mundo que creía conocer se quebró.

Fue aquí, en la vereda San Joaquín. Fue el aire helado, la risa como cristal quebrado, la mirada vacía del niño hipnotizado. Fue el Duende.

Siempre supe de ellos, por supuesto. Los he escuchado en las historias que los viejos cuentan cuando el fogón se apaga y la noche se hace profunda. Pero hasta anoche, para mí eran solo eso: historias.

Ahora comprendo. Lo que los hombres llaman 'mitos' no son cuentos. Son advertencias. Son los ecos de cosas demasiado reales que habitan en los bordes de nuestro mundo, en los pliegues de la realidad donde la razón no llega. La Llorona no es un fantasma, es el dolor hecho sonido. El Guando no es una fábula, es la selva misma tomando forma para burlarse de nosotros.

Y el Duende... el Duende es la arrogancia de lo que cayó de la gracia, convertida en travesura cruel.

Hoy, con el olor a café quemado aún pegado a mi ropa—el rastro de su desaparición—supe que no podía callar. Mi abuelo me legó un saber para caminar en la oscuridad. Y yo, ¿qué legaré?

Este diario será mi respuesta. No un libro de cuentos, sino un mapa de las sombras. Un testimonio para ti,

— CON APARIENCIA DE NIÑO —

que lo sostienes ahora, para que sepas que cuando sientas que algo te observa desde el bosque oscuro, no es tu imaginación. Es la realidad, la más antigua y verdadera, recordándote que nunca hemos estado solos.

Comienzo por el Duende, porque fue él quien, con su mirada de furia antigua, me dio la razón más profunda para hacerlo: "No siempre estarás para protegerlos."

Tiene razón. Por eso debo convertir mi experiencia en tinta y papel.

Que este diario sea el ojo que vigile cuando los míos ya no puedan hacerlo. Ahora, comienza el verdadero trabajo.



Te contaré algo, para que entiendas a lo que te arriesgas si alguna vez te cruzas con un duende. Esto pasó hace poco, aquí mismo en la vereda San Joaquín. Imagínate que un niño, de esos que siempre andan correteando por el monte, desapareció de repente. La mamá vino a buscarme hecha un mar de lágrimas, diciendo que había sido el duende. Esos condenados tienen fama de andar haciendo travesuras, pero llevarse niños... eso ya es otra cosa. Entonces, agarré mi mochila con lo básico: un tiple desafinado, amuletos como el ojo de Yuruparí, el machete para abrirme paso en la espesura del monte, y también recordé la oración que mi abuelo me enseñó. Me metí al monte, y te doy mi palabra, desde el primer paso sentí que algo no estaba bien. El aire, denso y húmedo, parecía resistirse a cada respiración, como si el bosque no quisiera que avanzara. Los sonidos familiares del monte—el crujir de las ramas, el canto de los pájaros—se habían vuelto silenciosos, como si algo hubiera ahuyentado a toda criatura viviente. Los árboles, altos y retorcidos, parecían inclinarse hacia mí, sus ramas extendidas como garras que intentaban alcanzarme.

¿Te imaginás esa sensación? Es como si la misma naturaleza supiera que el duende andaba cerca.

No te miento, cuando los vi, algo en mi interior se heló. Fue como si el tiempo se detuviera por un instante, y

el aire a mi alrededor se volviera más pesado, más frío. Un escalofrío me recorrió el cuerpo, empezando desde la base de la nuca, como si una mano invisible hubiera rozado mi piel con dedos helados. Ahí estaba el niño, sentado en el suelo, con la mirada perdida, como si estuviera en otro mundo. Y alrededor de él, tres duendes bailaban en círculo, moviéndose al ritmo de una música que solo ellos podían escuchar.

Sus sombreros enormes se balanceaban con cada paso, y sus risas chillonas resonaban en el aire como campanillas enloquecidas. El niño, mientras era hipnotizado, quería huir de ellos, pero no podía moverse. Actué rápido, agarré el tiple y lo rasgué con fuerza, produciendo un sonido feo, que cortó el aire como un grito. Dos de los duendes se detuvieron de golpe, sus ojos brillantes girándose hacia mí. Con un chillido agudo, salieron corriendo hacia el monte, desapareciendo entre los árboles.

Pero el tercero, el más grande y con un sombrero aún más desproporcionado, se quedó quieto, mirándome fijamente.

—Tú no deberías estar aquí—susurró con su voz chillona, mientras se acercaba lentamente. Sus ojos ardían con furia, y añadió—: No siempre estarás para protegerlos.

Antes de que pudiera responder,

El niño está a salvo, pero sus palabras siguen en mi cabeza: 'No siempre estarás para protegerlos'.



Si lo dibujo, si lo describo, tal vez logre entenderlo.

el duende se desvaneció en el aire, dejando solo el eco de su risa y el olor a café quemado. Corrí con el niño para ver cómo estaba, lucía completamente despierto y me miró con ojos llenos de terror y unos segundos después su mirada cambió a una expresión aliviada.

Después de asegurar-

me de que el niño estaba a salvo y de devolverlo a su madre, regresé a mi vivienda. La noche estaba fresca, y el aroma del café recién tostado flotaba en el aire, mezclándose con el olor a tierra mojada. Me senté junto a la ventana, con el diario abierto sobre la mesa, no podía dejar que lo que había vivido

se perdiera en el olvido.

El Duende, esa criatura escurridiza y peligrosa, debía ser documentada.

No solo porque empezaba a olvidar lo que alguna vez mi abuelo me enseñó con tanto amor y empeño, sino porque sentí que si no lo escribía, ese saber se perdería conmigo.

Este diario no es solo para recordar, sino para dejarte un camino, por si algún día te toca enfrentarte a lo que yo vi. Que mis pasos te sirvan de guía, así como los de mi abuelo me guiaron a mí.

Intenté recordar cada rasgo, cada movimiento, cada sonido. Sus orejas puntiagudas que parecían captar hasta el más mínimo susurro, su sombrero gigantesco que se balanceaba con cada paso, y esa sonrisa torcida que helaba la sangre. No era solo un ser de cuentos; era algo más, algo que había visto con mis propios ojos. Y ahora, con calma y paciencia, me dispuse a dibujarlo y analizarlo, como si fuera un bicho raro que debía ser estudiado.

Días pasaron después del encuentro con el Duende. Logré rescatar al niño, pero algo en aquella experiencia me dejó inquieto. No había logrado espantar a ese duende, solo lo había distraído el tiempo suficiente para llevarme al niño, sabía que en algún momento volvería. Por eso, regresé a la comunidad para hablar con los mayores, los guardianes de la memoria y los secretos de estas tierras. Si alguien conocía más sobre estas criaturas, serían ellos. Me senté en la plaza del pueblo, bajo la sombra de un viejo árbol de guayacán, y escuché atentamente mientras los ancianos compartían sus relatos. Entre ellos estaba doña Susana, una mujer de cabello negro liso oscuro, sus ojos parecían

guardar siglos de historias.

—Cuentan los ancestros —comenzó a decir doña Susana, mientras acomodaba su ruana sobre los hombros— que el ángel más hermoso y poderoso de todos se llamaba Luzbella. Era el favorito de Dios, tan consentido que incluso le permitió la creación de otros ángeles bajo su guía.

—Pero la belleza y el poder de Luzbella lo llenaron de arrogancia. Tanto fue su orgullo que creyó que podía suplantar a Dios, ocupando su trono en el cielo.

—La ira de Dios no tardó en caer sobre él. “Por haberme desafiado”, le dijo, “ya no serás Luzbella, sino Luz-



¿Fue el Duende siempre así, o el tiempo y el olvido lo convirtieron en lo que es hoy?

Hay caídas que son castigo... y otras que son elección.



El duende, con su risa oscura, nos recuerda que toda caída comienza con un deseo prohibido.

bel-Lucifer”. Y así, Luzbella fue expulsado del cielo, acompañado por sus seguidores.

—Aquellos ángeles que cayeron en la Tierra se convirtieron en mariposas, mientras que los que descendieron al infierno se transformaron en demonios. Y Luzbella, el más hermoso de todos, se convirtió en el Diablo mismo.

—Pero no todos los ángeles fueron enviados al infierno o a la Tierra de inmediato.

Entre ellos estaban los músicos de Luzbella,

aquellos que tocaban el tiple. Dios, en su misericordia, les permitió conservar su capacidad de entrar y salir del cielo.

Doña Susana tomó un sorbo de su taza de café, como si necesitara un momento para ordenar sus pensamientos, y luego continuó:

—Sin embargo, esos ángeles-músicos comenzaron a perder interés en las alturas divinas. La Tierra los sedujo con sus fiestas, sus parrandas y la alegría de la música. Se demoraban cada vez más en sus visitas,

olvidando sus deberes celestiales.

—Hasta que un día, al intentar regresar al cielo, encontraron las puertas cerradas para siempre.

—Desde entonces vagan por la Tierra, tocando sus tiples en las noches de luna llena, recordando lo que perdieron.

—Dios, en su sabiduría, no permitió que estos músicos retornaran. Los dejó vagar por la Tierra, sin rumbo ni propósito, como un recordatorio de lo que ocurre cuando se olvi-



Las gallinitas picotean el suelo, ignorantes de las historias de demonios y cuidados.

dan las responsabilidades divinas.

Hizo una pausa dramática, mirándome fijamente, antes de concluir:

—Con el tiempo, estos ángeles errantes se convirtieron en Duen-des. Criaturas traviesas y pequeñas, ligadas a la música, en particular al tiple, su instrumento predilecto. Visten de colores tierra y usan grandes sombreros, pero su apariencia oculta su verdadero origen divino.

El sol se ocultaba

cuando me despedí de doña Susana y los ancianos. Les agradecí con dos botellas de aguardiente y un manojo de coca fresca. “Que los espíritus les devuelvan el favor de sus palabras”, les dije al inclinarme. Doña Susana me apretó el brazo con fuerza: “Ten cuidado, chamán. Esos ojos que dibujarás... también te estarán mirando a ti”.

Regresé a mi casa en el límite del bosque—cuando los primeros grillos comenzaban su

canto. Encendí una vela, y extendí sobre la mesa mis herramientas: papel, lápiz de carbón y tinta roja para marcar lo importante hecha con achote.

El aire olía a tierra mojada y a las hierbas que cuelgan del techo—romero, ruda y limoncillo—. Tomé el lápiz con mano firme y comencé a trazar lo que Doña Susana me contó, junto con mi experiencia.

Marca siempre la entrada con ceniza, así sabrás si alguien —o algo— entró en tu ausencia.

¿Podrá oírme ahora mientras escribo esto? Debo tener cuidado..



OREJAS

Escucha a kilómetros de distancia, captando los susurros más débiles de los niños que juegan. Así detecta a sus víctimas, acechándolas sin ser visto.

Esos ojos... los vi reflejados en la oscuridad



OJOS

Enormes y con un resplandor sobrenatural, le permiten ver en la oscuridad y causan miedo en quienes los ven.



COLLAR

Hecho de hojas de café que crujen suavemente, emitiendo un aroma distintivo. Es un amuleto que lo conecta con los secretos del bosque.

MANOS

Largas y delgadas, con uñas afiladas como cuchillas. Poseen una fuerza increíble, suficiente para llevarse a los niños y molestarlos.



Sus manos pequeñas guardan ya la forma huesuda que vi en el anciano.

Aún lo veo en mis sueños

SOMBRERO

Grande y desproporcionado, se tambalea con cada movimiento. Es su rasgo más distintivo, un símbolo de su poder y maldad.

SONRISA

Amplia y desmedida, aparece siempre que planea una maldad. Su risa es tan escalofriante como su sonrisa.

PIES

Torcidos hacia atrás, le permiten moverse con rapidez y agilidad en el bosque, desapareciendo en un instante y confundiendo a sus perseguidores.



Sus huellas son confusas, siempre hacia atrás. ¿Está escapando o acercándose?

— CON APARIENCIA DE VIEJO —

Pasaron algunas semanas desde mi encuentro con los mayores. Me había dado un respiro, tratando de calmar el alma después de aquella experiencia que me dejó más agotado de lo que pensaba. Estaba en casa, sentado junto al fogón, con una taza de café amargo entre las manos —el mismo que preparaba mi abuelo cuando me contaba estas historias en las madrugadas frías—.

El humo del cigarrillo subía lento, enroscándose en el aire como si también estuviera buscando respuestas. Fue entonces cuando recordé algo que mi abuelo siempre me repetía, con ese tono grave que nunca se me ha borrado de la memoria: “Cuando el Duende Viejo camina cerca, los grillos enmudecen. Si el silencio te envuelve, aléjate.”

Esa advertencia me volvió al cuerpo como un susurro ancestral, y comprendí que había algo más que debía

registrar y ese era el Duende Viejo que tiene una fascinación por ciertos aspectos físicos de las personas, como el cabello largo o los ojos brillantes, y hasta sus nombres. Se dice que se enamora de estas características y puede obsesionarse con quienes las poseen. Justo en ese momento, mientras repasaba estos recuerdos, vino a mi mente el caso de la muchacha María Ester, una joven de la vereda La Laja, que un día vino temblando como hoja al viento.

—Curandero Teyuna —me dijo, con la voz quebrada—, algo me siguió desde el pueblo.

La senté junto al fuego y le di un poco de aguapanela con hierbas. Y me dijo:

—Volvíamos de las ferias con Paola. El camino estaba oscuro, pero de pronto... Sentí que alguien me tocaba el cabello. No era el viento, eran dedos fríos, y se sentía como si me estuvieran haciendo trenzas. Quise rezar, pero la lengua se me puso pesada y mis pies se entorpecieron, impidiéndome caminar con normalidad. Paola me abrazó, pero ella no veía nada...

—¿Y luego? —le pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Solo cuando llegamos a la luz del poste me soltó. Volteé y vi... un hombrecillo viejo, con un sombrero gigante, ropa vieja, y se veía lastima-

Es extraño: a los duendes los recuerdo con esfuerzo, pero a mi abuelo lo veo como si entrara ahora por la puerta.

Otros recuerdos se me deshacen como humo... pero el permanece claro..



Sus voces eran suaves, pero al nombrar al duende viejo, la noche pareció callar con ellas.



La memoria del pueblo guarda seres que parecen más antiguos que la misma noche.

Cuando se lo entregue, sus ojos brillaron más que la luna.

do, cojo de sus extremidades, no lo veía caminar bien, era extraño, pero de un momento a otro camino hacia atrás y se esfumó entre los árboles. En ese momento fue cuando vimos una casa cerca y corrimos a pedir refugio.

La vecina que las recibió, doña Rosa, les dijo:

—Ese es el Duende Viejo, hijita. Se enamora del cabello bonito, o hasta de tu nombre, y no te dejará en paz hasta llevarte.—

El temor en los ojos de María Éster no se iba, incluso después de contarme lo sucedido. Sabía que no bastarían simples palabras para protegerla.

Con manos que aún guardaban la memoria de lo enseñado por mi abuelo, preparé lo necesario.

Tomé tres hebras del cabello que el Duende Viejo había tocado -suficiente para crear un vínculo, pero no tanto como para atraerlo de nuevo. Las entrelacé cuidadosamente con hilos rojos teñidos con zumo de achioté. Cada cruzamiento de los hilos era una barrera, cada nudo un cerrojo contra lo invisible. En el centro, coloqué seis semillas de guayacán.

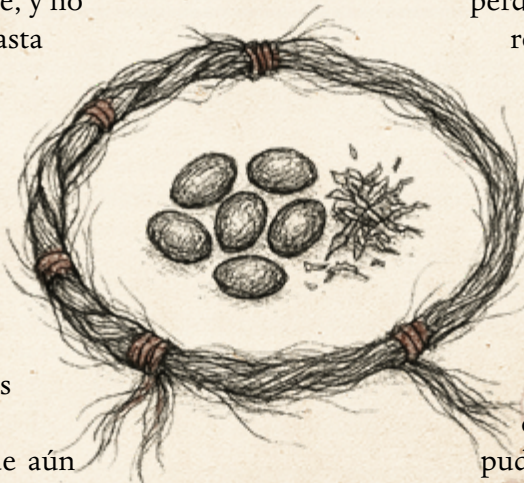
El amuleto no era bonito, pero la belleza nunca fue lo importante en estas cosas. Al terminarlo, lo pasé tres veces sobre el humo de una mezcla de hierbas que contenía, romero y por último un poco de Tabaco seco.

“Lleva esto contigo”, le dije a María mientras le ponía el amuleto en las manos. “Él tratará de llamarte con su voz dulce, pero el cabello lo confundirá, las semillas lo harán perder el camino, y el rojo le cegará el deseo de seguirte.” María asintió, apretando el amuleto contra su pecho.

Gracias a su relato y a las características que describió, pude dibujar al duende viejo con mayor precisión. Sospecho que el Duende viejo fue el primero de los ángeles-músicos en caer en desgracia.

Mientras que algunos se adaptaron a su nueva vida en la Tierra, él se resistió, acumulando resentimiento y maldad con el paso de los siglos.

Su sombrero, el más grande de todos, es un símbolo de su poder y su conexión con los secretos más oscuros del bosque.



Yo creo que no es simplemente un duende viejo... creo que es el primer duende.

El anterior reía travieso... este rie para herir.



OJOS
Hundidos, rodeados de arrugas profundas, parecen brillar con malicia. Son pequeños y muestran una mirada astuta e incómoda, como la de un animal nocturno.

Sus ojos hundidos parecen pozos de agua turbia: mirarlos es perderse.

BARBA
Larga y desgredada, cae en mechones ásperos que recuerdan a raíces secas, dando a su rostro un aspecto salvaje y antiguo.

PIEL
Le cuelga como corteza seca, marcada de grietas.

El duende niño: pies anchos, desnudos... iguales a los del viejo.



MANOS
Las venas marcadas y la piel áspera refuerzan la idea de un ser que habita en lo salvaje, acostumbrado a trepar, rasgar y manipular objetos rituales.

PIES
Desnudos, largos y torcidos hacia atrás. Esto conecta con la tradición de espíritus burlones y malévolos, que engañan a los caminantes haciéndolos perderse.

¿Que parte del cuerpo refleja más su corrupción: sus ojos o su risa?

— CON APARIENCIA DE MUÑECO —

Pasaron algunos meses desde aquel encuentro con el Duende Viejo. Volví a caminar por senderos tranquilos, a visitar comunidades y a sanar a los que podía con plantas. Pero aunque mis manos se ocuparan de los vivos, mi mente seguía enredada en lo que viví allá, en el monte.

Me dediqué a ordenar mis apuntes, a anotar lo que recordaba antes de que se me borrara con el viento.

La historia de María Ester y el amuleto que le preparé se esparció por las veredas. Fue así como, meses después, la abuela de un niño de La Sierra mandó a buscarme. “Chamán”, me dijo el mensajero, “es Alfonso, el nieto. Cree que está jugando con un duende”.

Todo comenzó en una casa humilde, donde una familia empezó a notar que cosas pequeñas desaparecían: un lápiz aquí, un juguete allá, incluso los calcetines parecían esfumarse de la cesta de la ropa limpia. Al principio, pensaron que era el niño de la casa, un pequeño inquieto llamado Alfonso, quien jugaba con sus cosas y las perdía. Pero pronto se dieron cuenta de que algo más estaba ocurriendo.

Una noche, mientras Alfonso jugaba en su habitación, escuchó un sonido suave, como el tintineo de campanillas. Al mirar debajo de su cama, encontró un pequeño muñeco que no

reconocía. Tenía un sombrero puntiagudo y una sonrisa traviesa. Alfonso, emocionado, lo recogió y lo puso con los demás juguetes, sin sospechar que aquel muñeco era en realidad un Duende Juguetón.

A partir de ese momento, las travesuras en la casa se intensificaron. Los juguetes de Alfonso aparecían en lugares extraños: un carrito de madera en la cocina, un peluche en el jardín, y una pelota en el techo. La familia estaba desconcertada, pero Alfonso, en su inocencia, creía que era parte de un juego.

Fue la abuela de Alfonso quien sospechó primero. “Esto no es normal”, dijo. “Algo raro está pasando aquí.”

Y así fue como empezaron a buscar ayuda, preguntando que podrían hacer o a quien podrían acudir. Y así fue como me encontraron, me parecía un caso curioso de analizar tal vez podría ser el niño jugando y mintiéndoles a sus padres, pero al llegar, examine la casa, usando el Ojo de Yuruparí.

Después de cada uso, limpia la esfera, o retendrá visiones que no te pertenecen.

OJO DE YURUPARÍ

Un objeto para mirar lo invisible: duendes, espectros y rastros que escapan al ojo humano.

El cuarzo revela la silueta de los pequeños que caminan entre nosotros.



Una esfera de cuarzo pulido que actúa como un ojo mágico, capaz de mostrar huellas y seres de otro mundo.

El marco tallado en madera de guayacán, dura y ancestral, guarda la fuerza de un árbol sagrado.

Símbolos espirales que cubren la superficie, trazos antiguos que protegen y potencian la visión.

Mi abuelo decía que este lente no se entrega, se hereda. Yo no sé aún a quién confiarlo.

Entonces note un rastro de brillo dorado que iba desde la habitación de Alfonso hasta el jardín. Siguiendo el rastro, encontré al Duende Juguetón escondido entre los arbustos, riéndose suavemente mientras sostenía un pequeño trompo que había “tomado prestado”.

En lugar de asustarlo, le susurre:

—¿Porqué estás aquí, pequeño? —le pregunte.

El Duende, con voz suave como el susurro

del viento, respondió: —Solo quería jugar, el niño me encontró y quería jugar con él. No quería causar problemas.

Sonreí.

—Entiendo que te diviertas, pero esta familia necesita paz. ¿Qué tal si te llevo a un lugar donde puedas jugar sin molestar a nadie?

El Duende asintió, y lo lleve a un bosque cercano, donde posiblemente otros seres mágicos como él podían

jugar libremente. “Antes de irme, le pasé a Alfonso una pequeña campana plateada.

—Si alguna vez quieres jugar con él de verdad, toca esta campana —le dije—. Pero recuerda, solo cuando estés listo para compartir tus juguetes y aceptar las consecuencias.

Desde entonces, las travesuras en la casa pararon. El niño guardó la campana como un tesoro, sabiendo que, en

No sé si el niño hará sonar la campana... pero sé que el duende lo escuchará desde donde esté.

algún lugar del bosque, un pequeño amigo mágico lo esperaba para un juego que nunca sería del todo inocente.

Esa noche, abrí de nuevo mi diario. La vela echaba sombras que bailaban como duendes en las paredes. No solo quería dibujar al Juguetón; necesitaba dejar una guía. Si mis pasos debían servir de guía a otros, no podían ser solo historias. Tenían que ser herramientas.

Al final, Alfonso tuvo su amigo. María Ester, su protección. Y el niño de San Joaquín, su vida. Pero el Duende Viejo sigue ahí afuera. Y el que se rió de mí en el círculo de los árboles, también.

Esto es a lo que te arriesgas. No son cuentos para dormir a los niños. Están ahí. En el susurro del viento entre los cafetales, en la sombra que se mueve por el rabillo del ojo. Esperando. Jugando. Su juego nunca termina. ¿Estás listo para jugar?

Me pregunto cuántas presencias caminan bajo estas ramas que nunca he visto.

Mi descanso llegará... y entonces, sin cuerpo que me limite, podré caminar más hondo y conocerlos a todas las criaturas que estén en este bosque.



El bosque guarda más de lo que se ve. quizás encuentre compañía en seres que yo nunca llegue a dibujar.

Los duendes más pequeños, los menos fuertes, buscaron refugio en la espesura... ahí los encontrarás.

Recuerda: el juego nunca es del todo inofensivo con él.

CARA

Cosido con una sonrisa de puntadas torcidas, fija y eterna, que lo hace ver a la vez curioso y perturbador.



SOMBRERO

Puntiagudo, desgarrado en los bordes, conserva una correíta con hebilla, como si alguna vez hubiera sido un accesorio de un muñeco de ferias.



ROPA

Hecha de una tela áspera, similar a costal viejo y desgastada, eso hace que parezca un juguete abandonado.



Si lo encuentras en tu camino, no lo llesves a casa. Déjalo en el bosque: allí respira mejor.

MANOS

Parecen vendadas con tiras de tela, como si fueran remiendos improvisados que le dan un aire frágil y artesanal.



ZAPATOS

Son simples y remendados, distintos a los pies torcidos de otros duendes; estos son normales, aunque gastados por el uso.



Este duende parece un juguete, pero no deja de recordarme que hasta la inocencia puede esconder travesura

—ADVERTENCIAS Y RECOMENDACIONES—

Los duendes no son una fábula. Yo lo he comprobado. Habitan en los rincones más olvidados de la naturaleza, en esas quebradas profundas, cuevas húmedas y bosques tan densos que la luz apenas toca el suelo. Si alguna vez caminas solo y el aire se vuelve de repente frío, si escuchas risas agudas que parecen venir de la nada misma, o si distingues una sombra cruzando el camino con una velocidad antinatural... detente. No estás solo. Es probable que estés cerca de uno de ellos.

Anoto esto en mi diario, para que no lo olvides nunca, para que estés preparado:

Si los oyes —esas risas que cortan como un cuchillo, esos pasos menudos y veloces donde no debería haber ninguno—, mantén la calma. Su sonido busca confundirte. Si los ves —un movimiento rápido de reojo, un revolotear de sombras entre los árboles—, no los sigas. No los confrontes. Y por todo lo que tengas por sagrado, no pronuncies su nombre en voz alta. Es una invitación que no podrás retirar.

Recuerda las lecciones: lleva siempre contigo un tiple, y que esté desafiado. Su sonido áspero es como un muro para ellos. Un trébol de cuatro hojas, si tienes la fortuna de encontrar

uno, o tabaco, son ofrendas que pueden aplacar su ira o crear un círculo a tu alrededor, un refugio momentáneo contra su llamado. Si el miedo te agarra la garganta —y lo hará—, repite la oración con fe. Ya te la enseñé.

Si es a otro a quien eligen para su juego, distráelos. Toca el tiple, muestra el trébol. Y llévalo a la luz. Huye de la oscuridad de las cuevas y dirígete a donde haya lámparas, una casa, la civilización. Ellos detestan la luz clara. Y por favor, si vas a adentrarte en su territorio, deja atrás tus joyas, tus objetos brillantes. Son anzuelos para su curiosidad.

Si sientes su mirada sobre tu nuca, la piel de gallina... aléjate. Pero no corras. Retrocede lento, con calma que no sientes. Para ellos, correr es el inicio de una cacería.

"Madre Tierra que proteges mis pasos, abuelo espíritu que guías mi alma, librame del mal que me acecha esta noche, que el Duende pierda su fuerza y su rumbo."



A medida que revisaba mis apuntes, recorde que otro método era el trébol pero mas que ahuyentarlos, daba suerte.

Si algo aprendí de todo esto, es que los duendes no son solo cuentos para asustar a los niños. Están ahí, en la espesura del monte, entre las sombras de los cafetales, esperando el momento justo para jugar con la voluntad de los distraídos. No siempre buscan hacer daño, pero su idea de juego no es la misma que la nuestra. Y si te eligen para su diversión, salir de su embrujo no será fácil.

Así que ya lo sabes. Esto es a lo que te arriesgas. No son leyendas; es una frontera finita entre nuestro mundo y otro, más antiguo y más salvaje. Y a veces, solo a veces, se cruzan.

No conozco esta cueva con mis propios pasos, solo con las palabras de quienes juran haberla visto. Dibujarla es un intento torpe de entrar a un sitio que aún me niega, pero que me reclama desde los relatos.

No estuve allí... pero a veces, cuando miro este dibujo, siento la humedad en la piel y escucho un eco débil en la nuca.

Cueva de la cual se escuchan voces e incluso risas traviesas con eco.

Un lugar para descansar ideal, casi como para ser llevado y embobado por las voces.

Nunca te acerques a la cueva de noche. La risa que escuches no será humana.

Quebrada que intenta tapar los sonidos que salen de la cueva.

CAPITULO 2



—ANIMAL DEL INFIERNO—

—CON APARIENCIA DE PERRO - LOBO—

Me lo contaron unas muchachas de lengua afilada y mirada inquieta, con la voz aún temblando del susto, me las encontré mientras bajaba de la Sierra con la intención de buscar hojas de tabaco para un sahumerio y un poco de panela para endulzar el café. No eran de andar en silencios largos, pero aquella tarde hablaban despacio, como quien no quiere despertar a un muerto cercano.

Eran hermanas. Siempre juntas, de esas que bajan a ferias, se ríen alto, y beben fuerte. “Pa’ espantar el mal”, decían. Pero esa noche el mal las encontró a ellas.

Caminaban tarde, regresando de una fiesta, cuando en medio del camino vieron un cachorrito acostado. Era chiquito, enroscado, casi que brillaba con ternura bajo la luz de la luna ausente. Pensaron levantarlo, o al menos moverlo, pero en cuanto se acercaron... el bicho comenzó a crecer. Primero se estiraron sus patas, después la espalda. El hocico se volvió largo, chorreando baba caliente, y sus ojos —antes dulces— eran ahora brasas encendidas. Lo que antes era un perrito, ya cubría la carretera entera, con el lomo arqueado como un puente de furia.

Ellas gritaron, lloraron, rezaron lo poco que se acordaban, pero el animal no se movía... hasta que empezó

a correr. Las seguía, brincando como fiera que caza, lanzando alaridos que hacían sangrar los oídos.

Lo que las salvó fue la casa de un anciano, ahí cerca del camino. Corrieron, tumbaron la puerta, y justo al entrar, un gato blanco salió del fondo, sin miedo, se plantó firme en el umbral. El perro se detuvo. Gruñó. Se retorció, y con un aullido que no era de este mundo, huyó como si hubiera visto al mismo cielo caerle encima.



Una de ellas volvió días después. Ojerosa, con un temblor en los dedos que ni el chirrinchi cura. “No es solo miedo lo que nos dejó, Teyuna —me dijo—. Desde esa noche, los sueños no descansan. Oímos patas en el techo, y a veces, por la ventana, vemos la sombra del mismo perro sentado mirándonos.” La acompañaba su hermana menor, callada. Traía colgado al cuello un escapulario que no era

Quizá los animales sean más sabios que nosotros en reconocer lo invisible.

El gato es buen guardián. No espantes al que cruce tu camino: puede ser tu único aliado.

suyo, puesto por la mamá como si fuera una bendición de última hora. Me miraban con la esperanza torcida, como quien ya no sabe si creer o no. Yo no les prometí que el miedo se iría. Eso nunca lo prometo, pero sí supe que lo que habían vivido no era un simple susto: habían sido marcadas.

El Perro del Diablo no siempre busca morder a veces sólo sigue a quienes siente blanditos del alma. Y si uno no corta ese rastro, puede quedarse pegado como garrapata espiritual, susurrando en las noches, trayendo más oscuridad que luz.

En el rancho preparé un pequeño fuego con hojas de verbena, cáscara de ajo macho y ramas secas de ruda. Sobre la ceniza caliente puse tres piedras lisas, traídas del río Blanco. Cada hermana debía sostener una piedra mientras repetía conmigo:

“Lo que no es mío, que vuelva al monte.

Lo que me sigue, que se quede sin sombra.

Lo que me ladra, que olvide mi nombre.”

Después marqué sus muñecas con un carbón en forma de tres líneas verticales: una por el cuerpo, una por la mente, y una por el espíritu.

Eso ahuyenta a los rastreadores del otro mundo. Las hermanas regresaron una última vez antes de que se acabara el mes.

Traían en las manos las piedritas que les había dado, ahora limpias y frías como si nunca hubieran tocado el fuego. Me las entregaron envueltas en un pañuelo, sin palabras, solo con un gesto de cabeza. Me contaron que ya no soñaban con el perro. Que el silencio de la noche volvía a ser solo eso: silencio. Que la risa regresó a la casa, aunque a veces tímida, como si todavía dudara en salir.

Pero la menor —la de los ojos grandes— me confesó algo mientras su hermana se alejaba:

—A veces siento que el gato blanco todavía me cuida. Lo veo en los pasillos. Maúlla cuando alguien gri-

Quizá este dibujo no sea retrato de una bestia, sino huella de una presencia mayor. Lo que ves en papel es apenas la sombra.

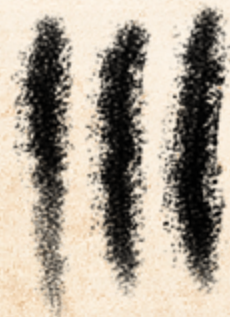
ta. Y en la noche, si algo se mueve muy fuerte, él se sube a la cama y me lame la frente.

—Yo le respondí que eso no era malo. Que a veces, cuando uno es visto por la sombra, también es visto por la luz. Y que quizás, ese gato, no era solo un gato. o dije más. Recordé las historias de los ‘espíritus familiares’, almas de curanderos antiguos que toman forma animal para guiar a los elegidos. Quizá esa familia tenía un protector que ni ellos mismos conocían.

Desde entonces no volví a saber de ellas. Y quizás está bien así.

Me inquieta pensar que no es criatura independiente, sino ojo y boca de algo mayor, algo que respira a través de él

Tal vez no sea perro ni bestia, sino disfraz: un cuerpo prestado al diablo para andar por la tierra.



Me atormenta pensar si este perro no es más que un emisario, o si en realidad es el propio diablo tomando forma de lobo.

OJOS
Ventanas al abismo: no brillan, arden. Dos brasas huecas que no iluminan, sino que desgarran la oscuridad.

La fiera mantiene postura de ataque constante, como si su descanso no existiera. Su cuerpo entero parece tensado por un rencor antiguo.

MANDÍBULA
Desmedida, forrada de colmillos largos como cuchillas oxidadas. Su aliento es fétido, mezcla de azufre y carne putrefacta.

Si de verdad es el diablo en cuerpo de fiera... entonces esta página es su retrato.

PATAS
Se extienden largas, curvas y afiladas, semejando cuchillas naturales.

Si son guardianes, ¿a quién cuidan? Si son castigos, ¿qué falta cometimos? Tal vez no vienen por justicia... tal vez solo vienen por hambre.

— CON APARIENCIA DE MONO —

Cuando uno piensa que ha escuchado lo peor, el monte se encarga de recordar que aún guarda más voces. Apenas unas semanas después del encuentro con las hermanas y el Perro del Infierno, llegaron unos muchachos del otro lado del río. Eran amigos, según dijeron, aunque el miedo les había borrado la risa de la cara.

Vinieron de a cinco, pero hablaban como uno solo. Los ojos desorbitados. Uno todavía olía a aguardiente, el otro a puro sudor. A veces, las personas llegan a mí como si apenas fueran la sombra de lo que fueron.

Me contaron que habían salido tarde de una vereda vecina, celebrando algo. Ya no recuerdo si fue una fiesta, un cumpleaños o una pelea que se convirtió en abrazo. Lo importante no era eso. Lo importante fue que no encontraron transporte de regreso, y se les ocurrió tomar el camino corto: el sendero del gradual.

“Íbamos hablando duro, como pa’ que el miedo no entrara”, dijo uno. “Y el gradual era espeso, pero no se oía nada, solo las ramas secas que uno pisaba.”

El sendero que tomaron era como un túnel natural. Las guaduas se entrelazaban arriba, creando un techo curvo, cerrado, como si el monte los tragara poquito a poco.

“El aire era espeso, caliente...

como si no circulara bien.”

Fue entonces que lo vieron. Primero, el crujir de cañas a un lado. Luego, un brillo como de ascuas encendidas entre las ramas. Cuando se detuvieron, las guaduas comenzaron a moverse solas. El aire olía a pelo quemado.

“Salió brincando entre las ramas... un mono... pero no era normal, tenía los ojos como llamas vivas, el pelaje negro como carbón y los colmillos... los colmillos eran largos, como si fueran cuchillas.”

El animal los rodeaba sin bajar, moviéndose como sombra viva entre las alturas. A veces se reía, a veces gritaba como un niño que se quema. Uno de los muchachos se orinó del susto. Otro quiso lanzarle una piedra, pero su brazo se quedó tieso. Y entonces bajó. Saltó frente a ellos, erguido. No





*El guadual parecía tejido por manos
que no pertenecen a este mundo. Lo
imagino como una boca que traga
viajeros*

más grande que un hombre, pero con una presencia que los paralizó. “Nos miró uno por uno, como eligiendo cuál era el más débil.”

Fue el mayor del grupo, un tal Eli-seo, quien gritó una oración a medias—algo entre Padre Nuestro y grosería— y echó a correr. Y ahí fue que todos se soltaron. Corrieron como si el monte los vomitara, y el mono detrás, chillando y soltando ramas como si fueran látigos.

Solo se detuvo cuando salieron del túnel natural del guadual. Y al mirar atrás... no había nada. Solo las guadas quietas, balanceándose como si nada hubiera pasado.

Cuando los muchachos terminaron de hablar, les ofrecí agua con ruda y una piedra de alumbre que cargo conmigo desde hace años. Uno de ellos, el más joven, no dejaba de mirar hacia el monte, como si aún esperara ver al mono salir del techo de la casa.

Les pregunté dónde exactamente ocurrió. Me lo explicaron con señas torpes y palabras entrecortadas. No reconocía el paraje. Y eso fue lo que me alarmó.

He caminado estas montañas por años, y el monte me habla, incluso en silencio. Pero ese guadual... ese guadual no sonaba a nada que yo conociera.

“Llévenme”, les dije.

A la mañana siguiente, tomamos camino. Íbamos en silencio. Yo adelante, uno de los muchachos atrás. El

*¿Que harías si, al mirar atrás, no
quedara rastro alguno?*

monte aún estaba húmedo del rocío. El canto de los pájaros se apagaba mientras más nos acercábamos.

Y entonces lo vi. El guadual. No era un túnel, no... era una herida abierta en el bosque. Las guadas crecían formando un arco retorcido, como si el mismo bosque quisiera encerrar algo ahí.

Entré solo.

El aire era denso, como si lo filtraran a través de un horno. Me detuve, cerré los ojos y extendí las manos. El bastón me ardía.

Vi las marcas: ramas quebradas, huellas irregulares, restos de pelos quemados. Todo apuntaba a un ser que no pertenecía a este plano pero lo que vi al fondo me lo confirmó...

Al fondo, entre las cañas negras por el fuego, vi las mismas pisadas que había visto junto al riachuelo donde apareció el Perro del Diablo. Mismo tamaño.

Misma presión en la tierra.

La misma sensación de que algo me miraba sin ojos.

Entonces lo comprendí.

No era un mono. Ni era un perro.

Era el mismo ser, mutando, usando pieles de animal para esconder su verdadera forma, un ser del infierno.

Uno que viene a caminar entre nosotros con cuerpo de bestia. Quizá para cazarnos. Quizá para juzgarnos. O tal vez para tentarnos.

*Si escuchas ramas chocar en lo alto
y no ves pájaros, vuelve atrás.*

La tierra me habló con claridad:
"Este no es un mito. Es un mensajero disfrazado".

Desde entonces, comencé a llevar conmigo una piedra que recogí esa misma tarde, en el centro del gradual. Es negra, quemada, pero fría al tacto. La uso para meditar. Algunas noches, cuando la sostengo, oigo pasos fuera de mi choza. Nunca tocan la puerta. Solo se quedan un rato... y luego se van.

Ya no duermo sin fuego encendido.

Y he comenzado a dibujar al ser. Pero siempre cambia. Nunca termina de tener forma fija. Porque no es uno. Es todos. Es un cazador de sombras. Un cambiador de pieles. Un caminante del umbral.

La piedra que traje del gradual no es simple resto de incendio. La he sostenido en la palma hasta que mis dedos se entumecen, y siempre está fría, como si guardara la sombra del agua más honda. A veces pienso que no es piedra sino un ojo cerrado, esperando el momento de abrirse.

Quien sostenga la piedra verá más de lo que desea. Y lo que se ve, nunca se olvida.



Cuando medito con ella, el mundo se apaga por un instante y siento un vacío que respira detrás de mí.

Las pisadas fuera de mi choza no buscan entrar, buscan recordarme que él siempre está cerca, aunque cierre los ojos.

¿Qué castigo merecíamos para que enviaran a esta criatura?

OJOS
Se encienden como carbones vivos. Quien los mira siente que lo marcan con fuego invisible. Son señales de condena: los espíritus se asoman por ellos.



No iluminan, queman.

HOCICO

Con colmillos de azufre. De su aliento mana hedor a podrido y azufre. Su mordida no busca alimento: arranca voz y espíritu, dejando mudos a los que toca.



Flaco, peludo, torcido. Piel erizada como espinas de monte. Camina encorvado, pero salta con violencia.

PATAS

Largas, curvas y negras como clavos de forja. Desgarran carne, piedra y alma. No solo hieren: roban el calor del cuerpo, dejando frío de muerte. Su rasguño anuncia desgracia.



Si cambia de piel, ¿cuántas veces ya lo habrás visto sin reconocerlo?

— CON APARIENCIA DE TORO —

Me encontraba confundido por lo que acababa de enfrentar, y sin palabras que pudieran definir a esa cosa sin rostro, decidí bajar hacia el caserío de El Saladito, donde vivía el Mayor Laureano, un viejo sabedor conocido por sus relatos y por haber “visto cosas” que otros preferían callar.

Le hablé del animal de ojos llameantes, de la criatura que cambiaba

de forma, el viejo se quedó en silencio. Prendió un tabaco, se acomodó en su silla de madera vieja, y solo dijo:

—“Ah... los cambiantes de fuego.”

El viejo habló entonces de relatos recogidos en los resguardos y veredas altas. Historias dispersas, susurradas entre generaciones, que hablaban de

Estos cazadores parecen elegir a sus presas con cuidado... como si reconocieran una deuda en la sangre.



No lo enfrentes. No lo nombres. Deja que la noche lo consuma antes de que te consuma a ti.

seres oscuros que tomaban forma de animales, con ojos como brasas y un propósito desconocido.

—“Algunos dicen que son hijos del Mohán, nacidos de su ira cuando un río es ensuciado o una montaña profanada. Otros creen que son guardianes del inframundo, enviados a castigar. Yo los llamo los Cazadores del Umbral.”

—“Una vez, cuando era joven, salí a beber al pueblo. Era fiesta, feria patronal. Me tomé mis aguardientes, no lo niego. Ya de madrugada me regresé solo pa'l rancho, y para llegar tenía que cruzar varios potreros, todos cercados con alambre y monte alto.

En uno de esos potreros lo vi. Un toro negro, inmenso, parado en medio del paso. No mugía, no se movía, hasta que me sintió y ahí giro su cabeza y me miraba.

Yo traté de no mirarlo, de seguir por la orilla sin ruido. Pero en cuanto crucé el alambrado, esa cosa alzó la cabeza... y me asusto con esos

ojos como carbón prendido. Fue entonces que me embistió. Saltaba más alto que un toro normal, corría como si flotara, y cada vez que se acercaba yo sentía que la tierra temblaba.

No era un toro.

Era otra cosa. Un fuego con forma. Corrí y me escondí tras un árbol caído, pero él me olía, me buscaba.

Así fue por horas, hasta que el cielo empezó a clarear.

Para engañarlo, dejé mi camisa tirada en un lado y salí corriendo pa'l otro.

Escapé.

Desde ese día... dejé el trago. Porque sé que ese toro no quería solo espantarme... quería cazarme. Como si supiera quién era yo. Como si yo le debiera algo.”

Lo anoté todo. Y supe entonces que no era el único. Que ese ser, ese Cambiante de Fuego, no tenía un solo rostro, ni una sola historia, cazaba a los que se extraviaban en la noche, a los que cruzaban límites invisibles, a los que abrían puertas que no debían abrirse.

El lobo de ojos brasas, el mono y el toro de fuego... ¿no son acaso la misma sombra cambiando de piel? Tal vez no sean tres, sino uno que aprende a disfrazarse según el miedo de quien lo mira.





COLA
Se mueve como látigo, cargada de fuerza y rabia, cuando golpea, deja marcas que parecen quemaduras.

El lomo se curva demasiado alto, como si llevara encima un fuego contenido.

Las patas no dejan huellas de pezuña, solo tierra quemada con olor a azufre.

PATAS
No son pezuñas comunes, son brasas endurecidas. Cada vez que golpean el suelo levantan chispas, como si el mismo infierno quisiera brotar de la tierra.

OJOS
No solo queman, sino que ciegan, como si un resplandor maldito saliera de ellos. Los abuelos dicen que quien se cruce con su mirada arde en fiebre.

¿Son tres animales de la misma criatura, o heraldos distintos del mismo infierno?

—CON APARIENCIA DE HUMANOIDE—

Habían pasado varias lunas desde mi último encuentro con ese animal infernal y de haber hablado con el mayor. Las noches se habían calmado, el monte estaba en paz.

Me dediqué a mi gente, sanando niños, leyendo sueños, cuidando cosechas. No había visto más señales.

Hasta que llegó el mensaje: un niño enfermo en lo alto del cerro, junto al río viejo. Tomé mis cosas, mi bastón, el collar de huesos y la piedra negra que recogí del guadual. Algo me dijo que la llevara. Conozco cada sendero, cada rama caída, cada roca. He pasado por esa vereda desde joven, incluso con los ojos cerrados podría caminarla.

Pero esa tarde, los caminos comenzaron a cambiar. Un árbol que no estaba antes. Un quiebre de tierra donde no debía haberlo. Las sombras se alargaban como dedos torcidos.

Y el sol, aún alto, parecía apagarse con rapidez. Caminé en círculos. Grité. Encendí un puñado de eucalipto. Nada.

Y entonces, lo sentí. Ya no estaba solo, del bosque, no emergió un animal. No esta vez. Emergió una figura sin forma clara: lobo, mono, serpiente, sombra. Se doblaba sobre sí misma, cambiando de piel con cada respiración. Hasta que adoptó una figura humanoide, una silueta de

humo con ojos como carbones.

—¿Por qué los salvas, curandero?

—me dijo sin mover labios.

—Ellos me pertenecen. Pecan. Beben. Mienten. Son mis presas.

—Tú solo retrasas lo inevitable.

—Todos vendrán a mí.

Mi sangre se congeló.

El bastón vibraba.

Me mantuve firme.

—Nadie es presa hasta que lo acepta

—le respondí.

—Mientras yo camine esta tierra, ellos tendrán una segunda oportunidad. Entonces gruñó. Su forma estalló en fuego. Tomó forma de lobo gigante y saltó hacia mí. No temblé.

Había soñado esto. Había tallado esa piedra, noche tras noche, guiado por susurros. Era una piedra total-



mente negra (Tal vez era obsidiana), pero respiraba. La tomé con la mano izquierda, y el filo brilló como un relámpago.

Grité el nombre antiguo de la montaña: **Qhapani**. El filo rasgó el aire y cortó al demonio en una de sus patas delanteras.

Un aullido llenó el bosque, hizo temblar la tierra. El ser cambió otra vez de forma, se retorció, se arrastró como humo... y se desvaneció. El camino se abrió. El bosque volvió a cantar. Corrí hasta la casa del niño con el último aliento. Apenas llegué a la puerta, caí.

Desperté envuelto en mantas. El niño estaba bien. La madre me había curado con hojas de limoncillo y caléndula. No dije nada, pero sabía: ese ser volverá.

Ahora sé cómo se manifiesta.

Qué busca.

Qué teme.

Y tengo la piedra.

Y tengo la palabra.

Mientras me quede voz, caminaré estas tierras.

Yo soy guardián.

No soy héroe.

Pero si un protector.

Por desmayarme no recuerdo bien su forma, pero esto es lo que viene a mi mente cuando trato de dibujarlo.

Ahora lo sé: no estaba frente a tres presencias, sino frente a un ente que se multiplica en el miedo. Y lo peor... es que puede tomar otras formas aún no vistas.

La forma nunca es fija: cada trazo revela lo que quiere mostrarme, no lo que es.

¿Que otra piel tomará cuando ya no le temamos a esas?



—ADVERTENCIAS Y RECOMENDACIONES—

Esa noche, con la piedra negra aún caliente en mi palma, abrí este diario. La tinta no puede captar su verdadera esencia, porque no la tiene una forma fija. Entonces también escribo una advertencia. Una guía para el día en que yo lo olvide, o para el alma desdichada que encuentre estas páginas.

No confíes en lo que tus ojos ven en la noche. Estos seres, los Cambiantes, adoptan formas conocidas para acercarse: un toro oscuro, un mono que calla, un perro que no jadea. Pero no son bestias. Si ves un animal que te observa sin pestañear, con ojos que arden como brasas vivas, aléjate. Con respeto y en silencio. No lo mires fijo. Y sobre todo, no lo nombres.

Aparecen donde la sangre ha quedado sin justicia. Potreros que conocieron la violencia, ríos que arrastraron cuerpos sin nombre, caminos que se tragaron a los vivos. No vayas por esos lugares después del anochecer. Llevan fuego en la mirada porque su alma no descansa. Mi abuela decía que son víctimas convertidas en guardianes de su propio dolor. Otros, en la cantina, susurran que son castigos enviados por el Mohán o el mismísimo Diablo. No están vivos ni muertos. Son llamados. Son castigos con patas.

No los provoques. No los retes. No caigas en la arrogancia de pen-

sar que puedes vencerlos con fuerza bruta. El Cambiante no pelea. Caza. Persigue. Se divierte con el sabor acre de tu miedo.

Si corres, corre en círculos para confundir su rastro. Si caes, préndete a la tierra, finge ser una piedra más, parte del monte. Si puedes, cruza un río de corriente fuerte: no siempre se atreven a seguirlo. Y si la desesperación te alcanza, deja una ofrenda de distracción. Una prenda tuya, una camisa, un sombrero, un mechón de tu pelo. Si la fortuna te es favorable, irá tras ese rastro en lugar del tuyo. Pero nunca, jamás, regreses por ello. Lo que el Cambiante toca queda impregnado de su maldición.

Si, como yo, tienes un talismán, úsalo. Pero que no sea un adorno vacío. Debe ser de poder real: amuletos entregados por mayores que sabían, piedras de entierro, collares benditos por un rezandero. Lo importante no es el objeto en sí, sino la memoria y la fe que carga.



Y si sobrevives... la pelea no habrá terminado. El Cambiante deja huellas en el alma, aunque logres escapar de sus garras. Purifícate. Báñate con ruda, prende un fuego de espino seco para quemar el miedo que se te pegó. Y no guardes silencio.

Escribe.

Cuenta.

No dejes que el terror eche raíces en la tierra fértil del olvido.

Cierro el diario. La pelea de esta noche ha terminado, lo sé. Pero la guerra continúa. Y algo me dice, en lo más hondo, que el próximo frente de batalla no se librará con fuego ni con talismanes, sino con algo mucho más profundo y triste: con la memoria que intentamos borrar y el dolor que dejamos sin nombre.

Nunca camines solo en tierras que han sido escenario de dolor. La soledad es la puerta por donde entran.

*Si se alimentan del dolor humano... ¿qué pasará si la videncia nunca acaba?
¿Se multiplicarán hasta cubrir toda la montaña?*

¿Será que cada animal corresponde a una emoción humana? El perro al miedo, el mono a la burla, el toro a la ira... ¿y el agua que viene sería el llanto?



CAPITULO 3



—LA LLORONA—

—CON APARIENCIA DE MUERTO VIVIENTE—

Hacía tiempo que había encerrado al Animal del infierno, pero el precio había sido alto. Mi cuerpo, aunque resistente, cargaba con un cansancio que no era solo físico: era como si parte de mi energía vital se hubiera ido con él. Pero la tierra no espera, y las hierbas necesarias para mis curaciones tampoco. Esa mañana, subí a la montaña con mi bolso de lana, recolectando ruda macho (*para protección*), altamisa (*contra los malos sueños*) y romero silvestre (*para las limpias*). Mientras arrancaba las hojas con cuidado, escuché el aleteo de los colibríes barbuitos y el canto lejano de un cucarachero. ¿Recuerdas esos pájaros, tú que lees esto? Los barbuitos son como joyas verdes que brillan entre los frailejones.

Al bajar al pueblo, el sol ya estaba alto. La gente me saludaba con respeto, pero también con curiosidad. En la tienda de doña Mercedes, compré semillas de ahuyama, maíz criollo y frijol cargamanto.

—“Chamán, ¿qué le echó a sus gallinas pa’ que pongan tantos huevos?” —bromeó el viejo Floro, mientras acomodaba sus sacos de papa.

—“Les canto en lengua antigua, abuelo. Y les doy maíz con un poco de canela” —respondí, sonriendo.

Fue entonces cuando un niño, Pedrito, recogió unos papeles que se me cayeron al pagar. Entre ellos, se encontraban algunos de los dibujos que había hecho de mis experiencias pasadas.

—“¿Usted cómo aprendió todo eso?” —preguntó con ojos brillantes.

Aquí, en este diario, siento que debo contarte también un poco de mi historia. Tú, que guardaras estas páginas, deberías conocerlo.

Cuando tenía alrededor de 14 años, una patrulla del ejército colombiano llegó a mi comunidad en medio de los conflictos regionales que agitaban el Cauca a mediados del siglo XX.

Me pregunto si él será uno de los que herede estas historias... o si el mundo se encargará de arrancárselas de las manos.



Si algún día lees esto y escuchas esos cantos, detente y agradece.



Ruda Macho



Romero Silvestre



Altamisa

Hierbas de Protección y Limpieza
La ruda macho es el guardián de los caminos, levanta un muro invisible contra la brujería y el mal de ojo. La altamisa acompaña en la noche, espanta los sueños pesados y ahuyenta las visitas de los condenados que buscan asustar al dormido. El romero silvestre es la escoba sagrada: barre la sombra del cuerpo, limpia el espíritu y devuelve la fuerza.



Aprendí que la letra nace de la necesidad. No importa el instrumento: bayoneta o pluma, la forma es puente

croquis. Aprendí con rapidez. En esos tres o cuatro meses de convivencia, tuve mi primer contacto con la palabra escrita.

“El tiempo borra los recuerdos, hijo. Pero la tinta sobre el papel desafía al olvido.”, Me dijo el General mientras me trazaba una letra con la punta de su bayoneta sobre la tierra.

Cuando el ejército se marchó, guardé unos papeles, una lápiz y un pequeño cuaderno con el que comencé mi propia práctica solitaria.

Tú, que ahora lees estas líneas, entenderás por qué anoto todo. El papel es testigo de lo que el viento se lleva.

Pedrito no dijo nada, solo me escuchó y luego la abuelita se lo llevo.

Pero esa noche, su abuela me pidió una limpia para él. “El niño parece que lo hubieran asustado”, susurró.

Pasó un año y medio. Los cultivos florecieron, los pollitos crecieron y atendí casos de sustos, envidias (*con huevos*) y hasta un embrujo de amor.

Este método, arraigado en la sabiduría popular, se utiliza para extraer un susto o malestar espiritual. La manera es la siguiente:

Se toma un huevo crudo fresco y, con suavidad pero con determinación, se procede a pasarlo por todo el cuerpo de la persona afectada, trazando lentamente su contorno. Durante este proceso, es fundamental recitar una oración o un rezo con fe y con-

Eran tiempos de guerra entre liberales y conservadores, y la montaña era refugio para ambos bandos. El grupo estaba liderado por un general curtido en combate, un hombre de mediana edad llamado Pedro Riaño, un paisa fuerte, de voz ronca, que llevaba años batallando sin descanso. Llegaron heridos, hambrientos y buscando descanso. El abuelo, fiel a sus principios, les ofreció ayuda para curar sus heridas y darles comida, sin importar su uniforme.

El general, agradecido, se ganó la confianza del abuelo y se quedó en la vereda más tiempo del esperado. Al ver mi curiosidad por los papeles, mapas y bitácoras del ejército, Riaño empezó a enseñarme lo básico: cómo formar letras, cómo leer oraciones simples, y cómo dibujar con carbón lo que veía en el paisaje o en la mente. No era un maestro refinado ni un hombre de libros, pero sabía lo necesario para escribir informes y hacer

No suelo hablar de mí. Los sabedores cargamos la voz de los otros, no la nuestra. Pero tal vez sea necesario.

Hay ausencias que huelen. La desaparición tiene fragancia: ceniza fría y monte mojado.

centración; puede ser una plegaria tradicional o simplemente las palabras que surjan de la intención genuina de sanar.

Al concluir, el huevo habrá absorbido la energía negativa o el “mal”.

Esta transferencia se manifiesta en una sensación muy clara: el huevo, se sentirá más pesado.

El método acaba en que se debe arrojar el huevo lo más lejos posible.

Bueno ahora que sabes esto, te seguiré contando lo que paso en aquellos días.

Todo cambió cuando llegaron los desplazados, gente de la vereda La Independencia, a tres días de aquí caminando. Traían historias de horror: hombres armados quemando casas, robando sus cosas, llevándose a las personas, secuestrando niños o si no se iban con ellos los ahogaban en la quebrada.

“A una mujer la mataron junto a sus hijos” —dijo un anciano—. “Ahora la oyen llorar en el monte.”

Si alguna vez escuchas ese llanto, tú que lees esto, no corras hacia él.

Espera.

Observa.

La desesperación nubla el juicio.

Esa noche, escuché el canto del urutaú. Los campesinos dicen que anuncia muerte, pero yo sé que solo come insectos y luego se va. Sin embargo, tras su grito lúgubre, algo más

respondió: un lamento de mujer.

La seguí hasta la quebrada. Entre la neblina, vi al ente:

“Era alta, vestida de harapos oscuros, con el rostro hinchado por el agua. Sus manos, largas como enredaderas. Cada gemido era un eco de ahogamiento.”

—“¿Quién eres?” —pregunté.

Ella solo gritó: “¡Mis hijos!

¡Devuélvanmelos!”

Y tú, que guardas este diario, preguntarás: ¿era real? ¿Era un espíritu o el dolor de los vivos? Eso, amigo mío, es lo que aún intento descifrar.

La Llorona no atacó. Solo repitió su grito, pero esta vez señaló hacia el norte, donde los cerros se empujan como lomos de bestia dormida, y se desvaneció en el agua.

Al volver al pueblo, Pedrito ya no estaba. Salí cuando ni los gallos cantaban. El pueblo olía a leña quemada y a tierra mojada, pero también a eso... a eso que no tiene nombre pero que se siente cuando lo sobrenatural anda cerca. Los caminos estaban callados, demasiado callados. Como cuando la Chucha o Zarigüeya ronda el gallinero y hasta los insectos dejan de chirriar.

La abuela me contó que antes de desaparecer, Pedrito se levantó como sonámbulo.

Si escuchas el llanto, no corras. El instinto te llevará al agua y allí no siempre hay regreso.

CUERPO

Delgado, desproporcionado, más alto de lo normal. La piel parece estirada, húmeda y fría, como si hubiera estado bajo el río demasiado tiempo.

Harapos pegados al cuerpo, oscuros, siempre goteando. La tela no parece tela, sino sombra prendida a la piel.



OJOS

Huecos, dos cavernas negras sin fondo. No brillan, no lloran, solo tragan la luz como si fueran pozos abiertos en el rostro. Al mirarlos, uno siente que lo absorben hacia dentro.



MANOS

Huesudas, demasiado largas, como ramas que crecieron torcidas. Los dedos parecen no acabar, uñas curvas, oscuras, semejantes a espinas. Al moverse, crujen como madera seca.

¿La Llorona vino por sus hijos o por los hijos arrebatados en la guerra? ¿Es eco de una sola madre o de todas?

"Oyí el llanto —dijo—, pero pensé que era el viento. Cuando miré, el niño ya cruzaba el patio... y después, solo quedó esto."

Su abuela me entregó un dibujo hecho con carbón de fogón.

Mostraba:

- Un cerro panzón como jaguar echado.
- Un río enroscado como culebra negra.
- Y junto a un palo seco, una mujer con ojos de luna llena.

En el reverso, con letras torcidas, decía: "Aquí canta la mujer del agua. Dice que me enseñará lo que los vivos olvidaron."

Lo guardé entre las hierbas de mi bolso, donde la ruda ya perdía su olor fuerte.

El dibujo no mintió. Allí estaba todo:

- El cerro panzón.
- El río negro.
- El palo seco, con hilos de cabello atados como ofrenda.

Si algún día encuentras estas huellas o similares, cuidado: donde hay caracoles rotos y cruces de palitos, es señal de que los muertos andan merodeando.

Recé uno de muchas rezos que me enseñó mi familia



No quise que se borrara con la lluvia ni con el viento, así que la fije aquí, en estas páginas, con savia de árbol. Que el dibujo no se pierda, que su inocencia quede atrapada en la memoria del papel.

“Llorona de aguas amargas,
madre de los que el río se llevó,
soltá al niño que no es tu sangre.”

El aire se puso espeso, como antes
de tempestad. Entonces la sentí: su
aliento podrido en mi nuca.

—No es tu hijo —dije, despacio—.

Él tiene madre y a su abuelita que
lo espera con café caliente.

Su voz sonó como agua atorada en
una grieta: Algo que no logre enten-
der

Al voltear, allí estaba:

“Era mas alta y muy delgada como
caña brava.

- El vestido de harapos oscuros,
chorreando lodo.

Con el rostro hinchado por el agua,
los ojos... ay, los ojos eran dos hoyos
donde el dolor no se acababa nunca.
Tal y como la vi aquella vez pero aho-
ra mucho mucho mas de cerca.

Pedrito dormía en sus brazos,
mientras lo agarraba con las manos,
largas como enredaderas.

Le mostré la piedra negra que
siempre cargo.

Ella forcejeaba, pero se notaba el
miedo: “¡No lo lastimé!”—gritaba—.
Solo quiero tenerlo unos días. Un
rato. Sentir que aún soy madre. —
Pero no lo eres —dije—. No más. Tus
hijos no están aquí. Este niño no es
tuyo. Nunca lo fue. El llanto cambió.
Se volvió áspero, como si algo dentro

de ella se quebrara.

Fue cuando pasó lo peor.

Un temblor sacudió el cerro.

Pedrito abrió los ojos.

Y esto, es lo que más me duele re-
cordar... y me sonrió.

Como si ya supiera. Como si estu-
viera en paz.

Luego, su cuerpecito se aflojó.

La Llorona lo soltó como si que-
mara.

—No quise... —murmuró—. No
otra vez... —¿Por qué siempre se
van?”

Me quedé ahí, con el niño frío en
los brazos, mientras la Llorona se des-
hacía como niebla, no se si fue por el
niño o la piedra, pero ya no sentía su
presencia y el lugar volvió a “respi-
rar”.

Dicen que por fin encontró des-
canso. Ojalá sea cierto.

Desde ese día:

Los rezos me saben a poco. Y en
las noches, cuando el viento juega
con los árboles, a veces escucho una
risa...

No, no es el viento. Es Pedrito. Y
aunque me parte el alma, prefiero
pensar que ahora corre libre por esos
cerros que tanto le gustaban.

*Ese trazo infantil me mostró el
camino, pero también me empujó
a seguirlo. Como carnada bien
puesta: primero la esperanza, luego
el abismo.*



—CON APARIENCIA DE ANIMA "MEXICANA"—

Este diario lo escribo para que no se pierda. Me senté afuera de mi choza, con el vacío de Pedrito anclado en el pecho. Me quedé mirando las brasas del fogón, pero ya no veía fuego; veía el pasado, claro y doloroso como agua de manantial.

¿Te ha pasado, hermano? Que un recuerdo te agarra despacio, como el humo que se te enreda en la ropa sin que te des cuenta.

De pronto, ya no estaba en mi choza. Estaba en la cocina de mi madre, niño otra vez. El techo goteaba por la lluvia. Ella pelaba maíz con esas manos callosas que nunca se cansaban, y me miraba con esa mirada de madre cansada pero dulce.

—¿Quieres que te cuente una historia? —preguntó, sin dejar de trabajar.

Yo, como siempre, dije que sí.

Ella sopló el fogón (*el humo nos hizo lloriquear a los dos*) y comenzó:

—Esta historia me la contó mi abuela. Viene de más allá de los cerros, de México. Pero el llanto de esa mujer... corre por todos los ríos del mundo.

Se acomodó en su silla de bejuco y bajó la voz:

—Dicen que había una mujer tan bonita que la llamaban "la flor del pueblo". Pero ella solo quiso a un forastero —uno de esos que vienen con

palabras dulces y promesas falsas.

De ese amor nacieron dos niños. Hasta que un día... él se fue.

Aquí, compadre, todas las historias se parecen: el amor que se va y el corazón que se quiebra.

Mamá hizo una pausa para apartar las cenizas:

—La mujer se volvió loca de dolor. Caminaba noche y día por la orilla del río.

Hasta que una tarde... vistió a sus hijos con sus mejores ropitas, los abrazó fuerte... y los metió en el agua.

Me clavó la mirada (*esa que atraviesa huesos*):

—Cuando se dio cuenta de lo que hizo, gritó tanto que se le reventó el alma. Ahora vaga por el mundo, llorando y robando niños que se parecen a los suyos.

El sonido de la lluvia se hizo más fuerte.

—Acordate de esto, mijo: si escuchas su llanto cerca, es que está lejos. Pero si lo escuchas lejos...

...Es que ya te respiró en la nuca. Así que mejor recuérdalo tu también.

—¿Cómo es ella? —pregunté.

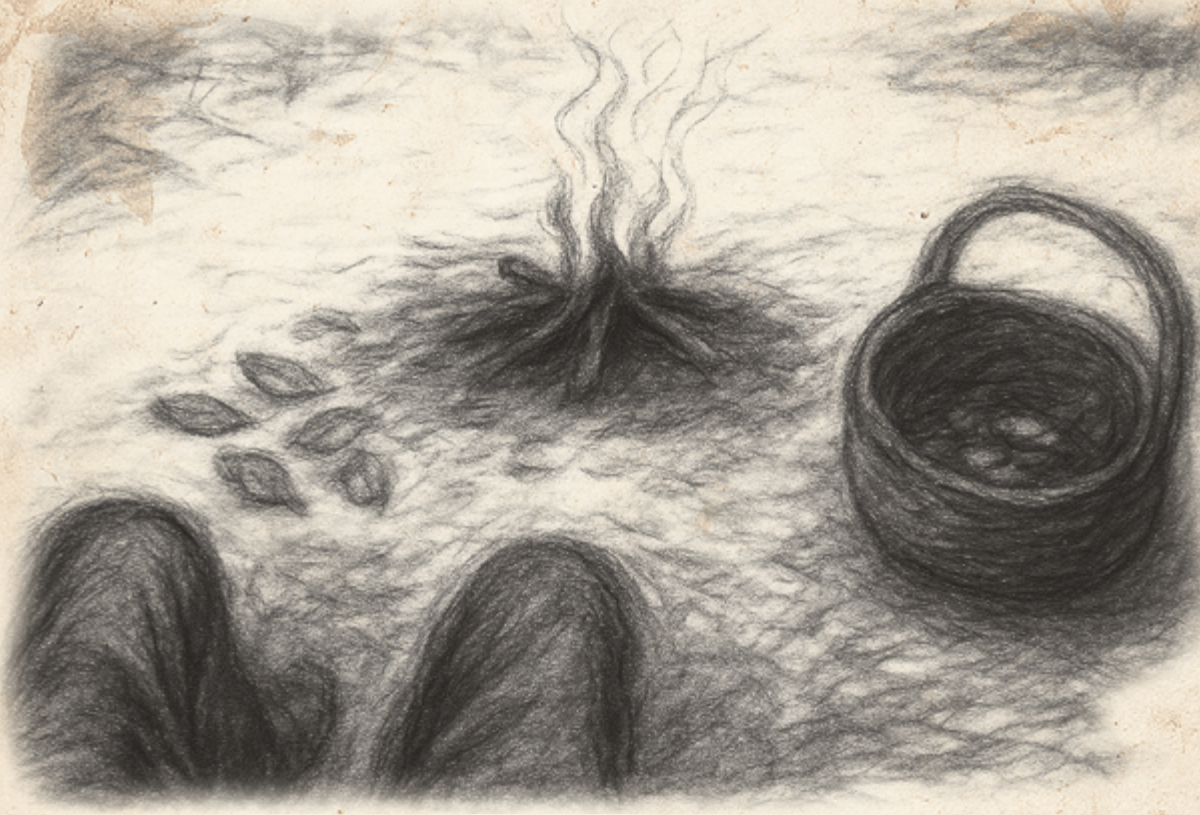
Mi madre se acercó, oliendo a humo:

—Dicen que antes era blanca su ropa, pero ahora está mugrosa, pegada al cuerpo como trapo de piso mo-

Antes vestía ropas blancas, ahora su ropa es fango y harapos. El luto se convierte en peso.



La historia de la madre y sus hijos me pesó en la boca como una semilla amarga. Desde entonces, cuando escucho llanto, siento que me llaman por mi culpa.



jado. El pelo lo tiene tan enredado que parece nido de torcasa caído. Y los ojos... —hizo la señal de la cruz— no los tiene solo le quedan huecos donde antes hubo vida. Se agarró de mi muñeca con fuerza:

—Pero lo peor son sus manos, frías como piedra de río en invierno si te tocan, sentís cómo se te escapa el calor.

Yo me reí, pero esa risa falsa que se hace cuando el miedo aprieta. Esa noche no pegué

los ojos.

Esta historia cruzó mares y selvas. Siempre encuentra un niño que confundir con los suyos. Y a un pobre diablo como yo, al que dejarle las manos vacías. Y ahora, después de Pedrito, entiendo: no era una simple historia.

Era una semilla plantada hace años, para que yo supiera lo que algún día vendría.

Las abuelas nunca cuentan historias por casualidad, ¿verdad? Ellas

saben que las almas en pena siempre vuelven.

El recuerdo se desvaneció como el humo del fogón. Aquí estoy otra vez, solo, con las manos vacías. Sí, volví a mambear después de años. Pero ahora... ahora necesito algo que calme este temblor que no se va.

Los días pasan turbios, como agua de charco revuelto:

Ya no curo a nadie. Ni un simple susto. La gente viene, toca la

Esa semilla de historia que plantaron no nació para asustar: nació para preparar.

No curar me pesa más que cualquier herida. La fuerza que me dio antes se fue con la voz de Pedrito.

puerta, y yo les digo que busquen a otro. Siento que desde que se fue Pedrito, las fuerzas me abandonaron, y ya no me queda aliento para sanar a nadie más.

Mi ruana favorita, la azul con bordados, está colgada en un palo. Ahora uso una vieja, gris, llena de huecos como mi voluntad.

Anoche soñé otra vez con la Llorona. Pero esta vez no lloraba. Solo me miraba desde el río, con esos ojos que ya no tiene, como esperando que yo hiciera algo.

Los muertos también tienen paciencia, hermano. Y sus silencios duelen más que sus gritos.

Hoy, mientras mascaba la coca frente al cerro, vino el perro del vecino, Kuqui, el que siempre me sigue. Se sentó a mi lado, como entendiendo. Le pasé la mano por el lomo y sentí sus costillas. Está flaco como yo. Los animales saben cuando uno está quebrado por dentro. Por eso no se alejan.

De pronto, el animal levantó la cabeza y miró hacia el camino. Allí estaba la niña, familiar de Pedrito, con un canasto de chirimoyas.

—Abuelita dice que le lleve esto —murmuró, dejando las frutas en el suelo.

Quise decirle algo, pero solo asentí. Cuando se iba, giró y me dijo:

—Anoche soñé que Pedrito jugaba en el río con una señora. Ya no llora, chamán. Y se fue corriendo, dejándome



Chirimoya

me con la boca abierta y el corazón apretado

Ahora, mientras escribo esto, miro el fogón. Hay una brasa que no se apaga del todo. Igual que yo.

Mañana... quizás mañana limpie el polvo de mis piedras. O no. Pero al menos, dejare la coca o al menos lo intentare.

Porque tú, mereces saber que hasta en la caída más honda, hay un fondo. Y a veces, ese fondo tiene manos pequeñas que te ayudan a levantarte. La gente del pueblo no habla, pero actúa. Por las mañanas encuentro:

Una totuma con chicha dulce la que hace doña Melfa para los duelos.

Arepas de choclo envueltas en hojas de plátano siempre calientitas, como para que no las deje ahí.

Un puñado de tabaco negro el bueno, el que solo usan los curanderos viejos.

Tú que conoces estos pueblos, sabes que no te dejan morir de hambre.

Ayer sorprendí a la niña pequeña dejando un ramito de albahaca en mi canasto.

El pueblo no pide palabras ni rituales... me da silencios que acompañan más que cualquier canto.

Siento que las piedras guardadas me miran, esperando mi decisión... yo aún no.

“Es pa’ que no te olvides de dormir”, me dijo, repitiendo palabras que claramente no eran suyas.

La miré a los ojos tan parecidos a los de pedrito, quizá sea su hermanita y por primera vez en semanas, no miré hacia otro lado.

El perro flaco al que ahora le doy las arepas que no como se puso a ladrar. Era don Jacinto, el viejo de la tienda, parado a lo lejos con su sombrero en las manos:

“Chamán... cuando quiera volver a sanar, la gente espera”.

No dijo “si quiere”. Dijo “cuando quiera”.

Como quien sabe que algunas heridas no se curan con hierbas, sino con tiempo.

Me quedé mirando el fogón, pensando en que:

La abuela de Pedrito me mandó albahaca la planta que aleja las pesadillas.

Doña Mercedes, que no habla con nadie desde que perdió a su hijo en la guerra, me regaló tabaco.

Hasta el perro flaco elige quedarse aquí, donde no sobra ni el alimento.

Y ahí entendí: el pueblo no me está pidiendo que vuelva a ser su chamán... solo me está diciendo que sigo siendo uno de los suyos.

Hoy, por primera vez, lavé mi ruana azul.

La noche cae despacio, como harina colándose por los dedos.

El perro flaco se rasca a mi lado,

A veces el dolor no se seca: solo se aprende a respirarlo sin que ahogue.

pidiendo las migajas de la última arepa. Se las doy, aunque sé que debería guardarlas para mañana.

A veces compartir el hambre es lo único que nos hace sentir humanos. ¿No lo crees?

Desde aquí veo las luces del pueblo:

Doña Mercedes en su fogón el humo huele a canela.

Don Jacinto cerrando su tienda el chirrido de la puerta me llega hasta acá.

La abuela de Pedrito meciendo una silla vacía en su patio.

Mañana no prometo nada.

Pero hoy:

Lavé la ruana.

Enterré la hoja de coca bajo el guayabo.

Y cuando pasé frente al río, no miré hacia el fondo. Porque hay dolores que no se llevan las aguas, pero uno aprende a caminar junto a ellos.

El viento me trae un sonido lejano. Podría ser el cucarachero... o tal vez solo la imaginación.

Por hoy dejo el carbón y el papel. Esta hoja irá con las otras, resguardada en el cuero, hasta que vuelva a escribir.



Esta Llorona no se siente de carne ni de río, sino de aire frío y pena vieja. Su cuerpo parece flotar dentro del vestido roto, que no pesa ni moja, como si fuera humo prendido en la forma de mujer.

CABELLO

Le cuelga en marañas largas y oscuras, moviéndose sin viento, como si aún guardara la humedad del cementerio o las aguas donde se perdió. Es un velo vivo que cubre y descubre su rostro vacío, enredándose con cada lamento.



OJOS

Son huecos hondos, pozos negros que no reflejan nada, como si se tragarán la luz misma. Al mirarlos, uno siente que se asoma a la muerte.



MANOS

Son huesos alargados envueltos en sombra, dedos que se estiran buscando al que escucha su lamento. Al rozar, no tocan: atraviesan, dejando un frío que se siente hasta los huesos.

Así la contaba mi madre: no era mujer, no era cuerpo, era un ánima perdida que solo recuerda el dolor de haber sido.

Su andar no deja huella, es un arrastre de viento y polvo. Parece venir de ninguna parte y volver a ninguna, apareciendo cuando el lamento corta la noche.

—ADVERTENCIAS Y RECOMENDACIONES—

Tú que lees estas palabras debes tener presente que el llanto de la Llorona no es solo un lamento, sino un llamado. A veces su voz suena cerca, desgarradora, como si estuviera a tu lado; en ese caso aún guarda distancia. Pero si la escuchas apagada, lejana, como traída por el viento, ya la tienes encima. Así confunde al oído, y así atrapa al incauto.

Nunca debe seguirse el rastro de su llanto. El camino siempre conduce al agua, y en el río no hay regreso.

Tampoco se debe mirar sus ojos, porque no son ojos sino pozos oscuros donde habita el recuerdo de lo que más duele.

Los niños son su presa más común. Ella busca en ellos a los hijos que perdió, y si halla uno parecido no distingue entre lo ajeno y lo propio. A veces basta con un descuido, una puerta sin seguro o una sombra en el patio para que lo reclame como suyo.

También recomiendan no cruzar un río en soledad durante la noche.

Quien guarda niños debe darles un amparo en el sueño: una cinta roja atada a la muñeca, un diente de animal bajo la almohada. Estos pequeños objetos confunden a la Llorona, como si por un momento creyera que al niño lo resguarda la sombra de un guardián. La Llorona no se combate con odio ni con gritos. Su furia es

inquebrantable, pero su dolor es más grande aún. Maldecirla solo despierta su hambre, ignorarla hace que siga los pasos en silencio. Lo único que puede lograrse es mantener distancia, tener respeto y recordar que su condena no acaba.

Estas son las precauciones que sostienen a los vivos. Si alguien las olvida, que sepa que no habrá canto ni rezo capaz de traerlo de vuelta.



¿Será que los ojos de pozo se parecen a los del toro, el mono y el lobo? Todos abren puertas hacia lo que no queremos mirar.

CAPITULO 4



— EL GUANDO —

—CON APARIENCIA DE MUERTO EN VIDA—

Al día siguiente, baje, a hablar un poco con las personas que me ayudaron tanto, para que vieran que ya estaba mejor y que podría ayudar en algo que necesitaran.

Hace un tiempo habían llegado a nuestro pueblo varias familias desplazadas por la violencia. Tuvieron que caminar desde lejos, con hambre, con los pies llenos de ampollas y la mirada perdida. Algunos no lo resistieron y por más que nuestra comunidad intento ayudarlos, curarlos pero aun así murieron. Y yo no podía dejarlos tirados como si fueran animales. No, señor. Ya no era por mí, era por ellos: había que darles descanso, que sus almas no quedaran penando aquí en este mundo terrenal.

Me puse la vestimenta para esta ocasión y la ruana que no me podía faltar, encendí el fuego y empecé la ceremonia. Mientras recitaba los cantos y quema las hierbas, note que el ambiente cambia: el humo no sube, sino que se arrastra por el suelo como si quisiera huir. El sonido de los rezos ajenos comienza a superponerse con otro, profundo, como voces rezando desde muy lejos, pero que avanzan hacia mí.

De pronto, entre las sombras que rodean el círculo ceremonial, se asoman cuatro figuras cargando algo cubierto por una tela blanca. Creí que

era parte de la visión ritual... hasta que uno de ellos, sin rostro, se detiene frente de mí y dice con voz cavernosa:

—Meta el hombro, compañero.

Ese es el punto de quiebre donde me di cuenta que el Guando había llegado de verdad, atraído por la energía de la ceremonia.

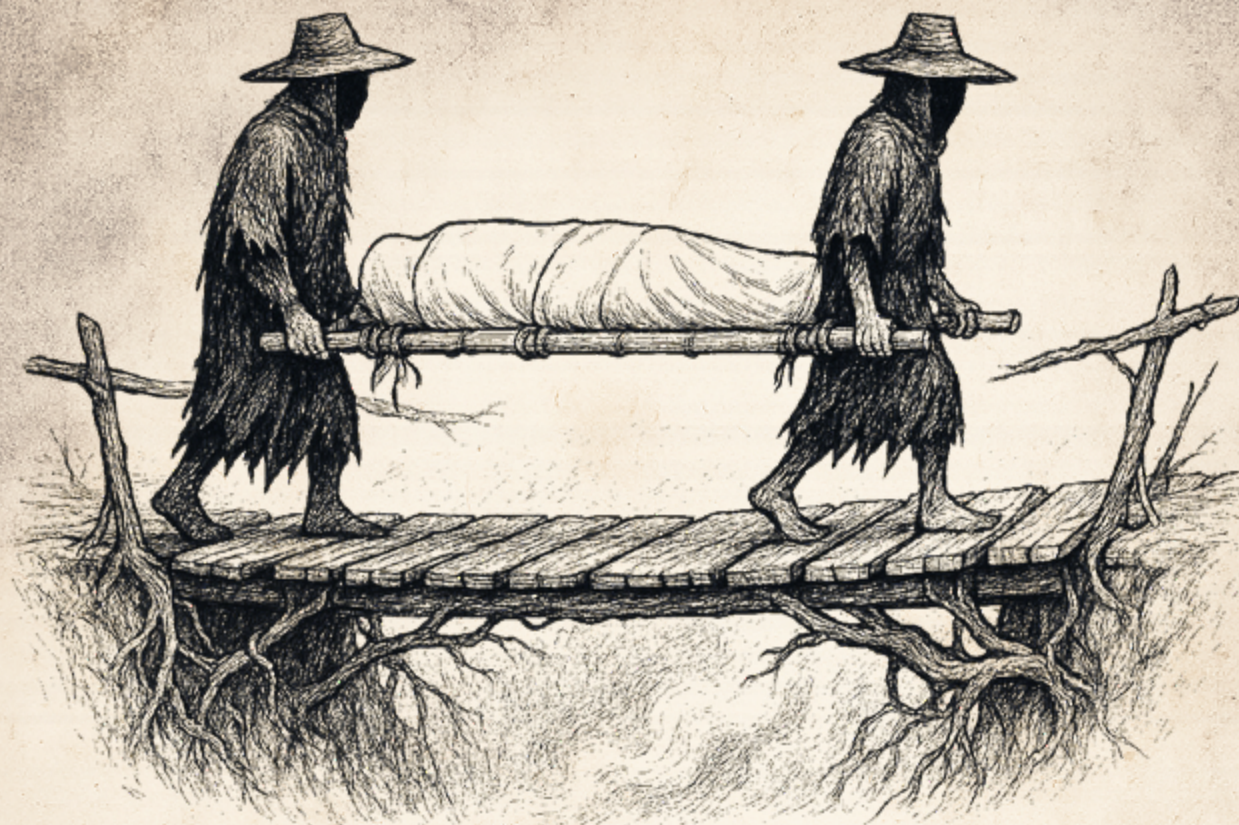
Te describiré lo que yo vi, para que puedas reconocerlo:

Los cargueros vestían de negro, pero no era ropa normal; parecía más bien un costal viejo, gastado, como si hubiera salido de la tierra misma. No tenían rostro, sino un vacío oscuro bajo el sombrero, un hueco que tragaba la luz de la luna. Caminaban parejos, sin levantar mucho los pies, como si el suelo mismo los arrastrara.

¿El Guando llega porque lo llaman... o porque siempre anda rondando y solo espera un descuido para mostrarse?

Algunos dicen que aceptar es un gesto de compasión, que uno ayuda al muerto a llegar al descanso. Mentira. Lo que pasa es que el Guando encuentra en vos un relevo, una carne nueva que pueda caminar cuando las suyas se cansan.

Yo también he cargado, aunque mi camilla era de recuerdos.



La camilla estaba hecha de guadua amarrada con bejucos secos, y sobre ella iba un cuerpo tapado con una sábana blanca, tan apretada que dejaba ver la forma de los huesos de las manos y los pies. A cada paso, el viento levantaba un poco la tela y se alcanzaba a ver carne reseca, como cuero viejo.

El río que nos esperaba adelante era negro y espumoso, rugía como toro bravo. El puente era de tablas largas y

podridas, sostenidas por horcones que crujían con cada pisada. Todo el paisaje parecía de otro mundo: los árboles torcidos, el cielo lleno de estrellas que se movían como brasas, y una luna grande, amarilla y enferma que apenas alumbraba. Entre esos murmullos, una voz ronca se me pegó al oído:

—Este que llevamos no merece ni rosario... fue un hombre avaro, de manos cerradas y corazón seco. Ni a su pro-

pio hermano ayudó en la desgracia. Dijo que, al morir, lo echaran a los gallinazos... pero aquí lo llevamos.

Seguimos, y el camino se volvió más oscuro. Llegamos a un puente de madera que crujía sobre un río embravecido. El peso se me hizo insostenible, casi me rompe los huesos. La camilla se nos escapó de las manos y golpeó contra las tablas. El sonido retumbó dentro de mí, y el cuerpo cayó a las aguas ne-

El puente crujiente es señal: cada paso puede ser el último, y no solo para los muertos.

*Si ves el humo arrastrarse en lugar
de subir, suspende el rito: alguien
más llegó a escuchar.*

gras. Lo vimos hundirse... y con él, se fue también el Guando.

La voz volvió, más grave, como si me hablara desde dentro de la cabeza:

—Desde entonces, estamos condenados a cargarlo eternamente. No para darle descanso, sino para que todos recuerden lo que le pasa a quien niega la mano al necesitado. Así nos verás en caminos, en ríos, en cementerios. Siempre en la víspera de difuntos... siempre buscando un hombro nuevo.

El puente se deshizo. Abrí los ojos y estaba otra vez frente a la aldea, con el fuego todavía encendido. Los cargeros me rodeaban en silencio. Y el que hablaba, ahora más cerca, dijo:

—Meta el hombro, compañero...

No sé cuánto tiempo pasó. Sentí que todo el peso del mundo me empujaba hacia abajo y caí al suelo. La mochila se me abrió y las pocas hojas para plasmar mis vivencias que me quedaban se regaron en torno al fuego. El viento se llevó algunas, otras las cayeron en la llama, y una a una se fueron quemando.

Me arrastré, queriendo salvarlas, y solo pude rescatar unas pocas.

Las últimas hojas ardieron y comprendí que este diario no iba a quedar completo. Quizá, en otro tiempo, en otro lugar, vuelva a retomarse. Por-

que los mitos no mueren, no acaban aquí siempre hay más.

Me ayudaron a levantarme, les dije que no había pasado nada, que fue el cansancio y termine la ceremonia a pesar de todo y luego me disculpé por lo que paso. Y me fui directo a mi choza.

Pero en lo profundo de la noche escuchaba aquel eco, pensé que se había quedado en el trance:

—Chiqui... chiqui... chiquicha...



*Cuando los vi, sentí
frio en los huesos... no
era viento, era el peso que
querían ponerme encima.*

Hoy el pueblo amaneció vestido de luto. Un viejo se fue en silencio, y sus hijos vinieron a buscarme para que le hiciera el despacho. Aún llevaba el cansancio del trance anterior, y el sonido del 'chiqui, chiqui' no me abandonaba. Encendí el fuego en medio del patio, puse las hojas de coca, las flores secas y el tabaco. Las manos me temblaban, no de tristeza, sino porque el aire mismo pesaba, como si las nubes se hubieran bajado para mirar.

El humo no quiso subir: se desplazó por el suelo, buscando las esquinas, escapándose de mis cantos.

Y entonces los escuché otra vez: no eran voces de los vivos, sino un rezo viejo, profundo, que venía desde el monte.

Entre la espesura aparecieron cuatro siluetas. Avanzaban parejas, cargando la camilla de guadua. El murmullo del Rosario se mezclaba con el mismo sonido seco y rítmico:

—Chiqui... chiqui... chiquicha...

No se por que otra vez había entrado en este trance, pero mientras pensaba si era la ceremonia o el rezo uno de ellos se detuvo. Giró hacia mí y, con voz de tierra mojada, me volvió a decir lo mismo:

—Meta el hombro, compañero...

Aún hoy me pregunto por qué el Guando interrumpe las ceremonias. ¿Será que busca redención en medio de los rezos? ¿Será que no soporta ver que otros muertos encuentran descanso mientras él sigue condenado a cargar eternamente? O quizá me persigue porque fui yo quien se atrevió a mirarlo de frente, a escuchar su voz, a escribir su nombre.

Quise preguntar a los mayores, buscar en su memoria una respuesta que calmara la mía. Pero ya no tengo hojas, ni tinta, ni espacio en este diario quedando incompleto como la misma vida.

*La camilla un lecho de palos
amarrados con sogas, crudo y
pesado. Sobre el yace un bulto
envuelto en mortaja, atado con
firmeza como si temieran que lo
de adentro despierte.*

*Ese hueso bajo el sombrero me recordó a mi
abuelo muerto... el mismo vacío en los ojos.*

No sé hasta cuándo pueda volver a contar lo que pase, ni si tendré fuerzas para sostener el peso de este encuentro. Pero sé algo con certeza necesito conocer el origen del Guando.

Si has llegado hasta aquí, significa que mis pasos y mis palabras encontraron un camino hacia tus ojos. Tal vez me busques para comprender los mitos, o quizá solo para escuchar la voz de alguien que ya camina entre sombras. Sea cual sea tu razón, este diario ahora te pertenece.

Yo, Teyuna Yat, he dejado en estas páginas lo que alcancé a ver, lo que me contaron los abuelos y lo que mis propios ojos enfrentaron. No es fácil cargar con estas memorias: cada mito no es solo relato, sino herida abierta de un pueblo que aún sangra. El duende, el animal del infierno, la Llorona, y ahora el Guando... todos ellos se presentaron para recordarme que lo invisible no está tan lejos como creemos, que lo olvidado sigue respirando detrás de los montes y bajo la tierra húmeda.

El Guando me persiguió, interrumpió mis rezos y me mostró un rostro sin rostro. No sé si fue castigo, advertencia o un llamado. Yo quise dejar constancia de todo, pero las hojas se quemaron, quizá para que siga siendo misterio, quizá para obligarme a continuar en otra ocasión.

Si alguna vez encuentras el eco de mis pasos, recuerda que no estoy solo. Camino con las almas de los que

se fueron sin descanso, con la voz de los mayores que aún me susurran en el sueño, y con el peso de cada espíritu que no ha hallado reposo. Yo cumplí mi deber de cargar, de mirar, de escuchar... ahora es tu turno de decidir qué harás con estas memorias.

No sé cuándo ni dónde volveré a escribir, si la vida me dejará otra oportunidad o si el Guando vendrá a reclamarme para siempre. Pero lo que sí sé es que los mitos no mueren: se transforman, se esconden, esperan. Y cuando creas que todo está en silencio, escucharás el chiqui, chiqui, chiquicha en la madera húmeda del camino. Entonces sabrás que aún siguen aquí.

Guarda estas páginas como si fueran fuego, porque eso son: brasas vivas que arden mientras alguien las recuerde. Y si el destino quiere, en otro tiempo, en otro lugar, quizás podamos encontrarnos de nuevo. Hasta entonces, que las montañas y los espíritus te guíen, lector desconocido.

Este no es el final, solo una pausa en el río interminable de lo desconocido.

Si alguna vez en la noche escuchas ese ritmo -chiqui, chiqui, chiquicha- recuerda esta página. No digas que no te avisé.

¿Y que cargan bajo la tela blanca? ¿Un cuerpo... o el peso de todas las deudas de los vivos?

Si los cargueros no tienen rostro, ¿será porque son los muertos que nadie lloró?

Dicen que no tienen rostro... pero yo juro que vi uno sonriéndome.



CABEZA
Bajo el sombrero se asoma un cráneo reseco, aún cubierto a medias por pellejo endurecido. No hay ojos, solo cuencas vacías que parecen moverse.

CUERPO
Mitad sombra, mitad cadáver. La piel se pega a los huesos como cuero viejo, dejando costillas y hombros al descubierto. Cada movimiento cruje como madera podrida, como si arrastrara siglos de entierros mal cerrados.

PIERNAS
Delgadas, tambaleantes, pero nunca caen. Caminan lento, hundiéndose apenas en la tierra, como si no pertenecieran del todo a este mundo. Donde pisa, el suelo queda frío, como cementerio recién abierto.

Nunca se debe cruzar la mirada con el hueco bajo sus sombreros: dicen que en ese vacío cada quien ve la forma de su propia muerte.

— CON APARIENCIA DE FANTASMA —

Pasaron días en los que apenas salí de la choza. El peso del guando no se iba del todo; era como una losa de frío pegada a los huesos, un recordatorio constante de que había mirado a los ojos de una condena que no era para mí, pero que me había rozado el alma. La gente del pueblo, fiel a su costumbre de no dejar morir a los suyos, seguía dejando su ayuda silenciosa: una arepa envuelta en hojas de plátano, un puñado de chirimoyas maduras, un manojo de ruda recién cortada.

Hoy, al abrir la puerta, no encontré comida. Encontré un pequeño paquete rectangular, envuelto en un trapo de algodón limpio, aunque remendado. Al desenvolverlo con cuidado, como si contuviera una crisálida, me quedé sin aliento: eran algunas hojas y achiote. Pocas, no más de diez, pero estaban intactas, oliendo a pulpa de árbol lejano y a posibilidad. Junto a ellas, un lápiz recién afilado, puntiagudo como un diente de víbora.

No había nombre, pero no hizo falta. Lo supe de inmediato. Era de la familia de desplazados de La Independencia, a los que ayudé a enterrar a sus muertos la noche que el guando vino por primera vez y me eligió para cargar su peso. Ellos, que lo habían perdido todo—su tierra, sus casas, sus seres queridos—me regalaban lo poco

que tenían de valor en este mundo: la posibilidad de seguir escribiendo, de que su dolor y el mío no cayeran en el silencio.

Fue como si el monte mismo, a través de las manos más golpeadas, me hubiera tendido un salvavidas. Tomar el lápiz fue difícil. La mano me temblaba, no por la edad, sino por el peso de la responsabilidad. Pero apreté el lápiz entre los dedos, sintiendo su filo. No podía dejar que la historia del guando, se perdiera.

Y justo entonces, como si el destino hubiera escuchado mi decisión, la abuela de la niña que me trajo las chirimoyas—la de los ojos como los de Pedrito—vino a mi choza. No venía por hierbas. Venía con el rostro pálido, cargando una historia que le quemaba la lengua.

El Guando no tiene una sola cara. Hoy supe que a veces anuncia su llegada con la más cruel de las burlas: pervertir la inocencia. Los pollitos son el cebo perfecto para el compasivo. Le llaman "El Recogedor".

Me contó que su hermano menor, Eliseo, había desaparecido por tres días después de una noche de copas. Lo encontraron al amanecer, tirado junto a una lápida del cementerio viejo. No estaba borracho. Estaba aterrado, cubierto de tierra fría y con la ropa rasgada. Cuando logró hablar, contó lo que recordaba:

“Iba por el atajo del bambusal... el aire se puso dulce, como a azúcar quemada. Entonces los vi: pollitos amarillos, esponjosos, que piaban y corrían hacia mí. Eran tan tiernos que quise agacharme a recoger uno. Pero su piar era agudo, metálico... y sus ojitos eran minúsculas brasas anaranjadas. Cuanto más se acercaban, más me mareaba. Lo último que recuerdo es el sonido de pisadas lentas y un frío que me pelaba los huesos.”

Despertó en el cementerio. Junto a él, en la tierra, había huellitas de pollito que se esfumaban a metros de distancia. Y la tumba de Melquíades, el hombre del que todos sabían su avaricia, estaba removida, no profanada, sino como si algo hubiera salido de ella para dar un paseo.

El Guando es la condena de una comunidad hacia el pecado que la carcome por dentro: la indiferencia. Melquíades no fue condenado por un dios, sino por el desprecio de todos aquellos a los que negó su ayuda. Y su castigo eterno es servir de recordatorio.

Su poder es el del engaño. No te ataca con furia, te confunde, te adormece la voluntad. Esto cambia todo. Es un depredador astuto que usa señuelos.





La abuela hizo una pausa, mirándome con una urgencia silenciosa. Tomé un sorbo de mi aguardiente y le devolví la mirada.

—¿Y Eliseo recuerda algo más? —pregunté, bajando la voz—. No los pollitos, sino lo que vino después. ¿Alcanzó a ver la figura, la sombra que cargaba el peso? ¿O solo el frío y el sonido?

Ella negó con la cabeza, sus ojos se empañaron.

—Dice que no, Teyuna. Es como un sueño pesado, del que solo le quedaron clavados los ojitos de fuego de esas

criaturas y la sensación de que lo arrastraban como un fardo. Lo encontraron hace ya tres inviernos.

—Él ya no es el mismo —continuó la mujer—. Desde esa noche, evita los caminos solitarios y se estremece si oye un piar en la oscuridad. Por eso no vine antes. Ya nada podía hacerse por él. Pero ahora, después de lo que usted hizo por los nuestros... supe que esta historia le pertenecía.

Asentí lentamente. La comprensión era un nudo en mi garganta. Este no era un relato

para curar, sino para confirmar.

—Gracias —dije, y el valor de su ofrenda— el papel para escribir y ahora esta verdad—me pesó más que cualquier losa—. Usted me confirma lo que temía. El Guando no solo carga a los muertos olvidados. Ceba a los vivos con sus trampas. Eliseo fue afortunado. El suyo fue solo un aviso.

La abuela se levantó, y al despedirse, su mirada era la de alguien que ha compartido un secreto que quema por dentro.

Tres inviernos. Esto sucedió mucho antes de que el Guando se me revelara a mí. La abuela no viene a pedir ayuda para su hermano, ese dolor ya está cerrado. Viene a darme una pieza del rompecabezas.

Entre los polluelos y los huesos, la vida y la muerte se miran sin miedo. En el monte no hay diferencia, solo tránsito



Sin ojos, con órbitas vacías que parecen mirar. Piel delgada y húmeda adherida al cráneo.



No camina, Flota suspendido en el aire. Vibra con un temblor casi imperceptible.



Dibuyo estas figuras para entenderlas, pero cuanto más las trazo, más siento que me observan desde dentro del papel.



Son una bandada de pollitos amarillos, pero su movimiento es mecánico y repetitivo. No picotean el suelo, sino que caminan en círculos perfectos alrededor de la camilla.



Hecha de guadua cansada y bejucos que crujen como huesos viejos. Cada nudo, cada hebra, guarda el gemido de quienes alguna vez fueron llevados sobre ella.



Hebras largas,
sucias y pesadas
que se mueven sin
viento.

Siempre abierta, sin
lengua. Cuando el viento
la atraviesa, produce
un eco como de un río
interior.

Largas, rígidas, con uñas
negras. Las palmas tienen
marcas como caminos o
cicatrices.

No es piel ni ceniza, sino algo
intermedio. Huele a tierra húmeda
y tiene grietas con un resplandor
tenue en su interior.

*Esta leyenda se alimenta
de nuestro egoísmo. Y
ahora, tengo la prueba
de que lleva años
cazando aquí.*

—ADVERTENCIAS Y RECOMENDACIONES—

Tú que caminas estos senderos y lees estas palabras en la tenue luz de tu lámpara, debes saber que el Guanaco no es una simple sombra en la noche. Su presencia se anuncia con un cambio en el mundo mismo, y el que no aprende a leer sus señales está perdido. Si el aire de repente se vuelve pesado y frío, como si hubieras descendido a una cripta, esa es tu primera advertencia; a veces ese frío viene con el olor de la tierra recién removida, pero si en lugar de eso percibes un dulzor enfermizo, como de azúcar quemada, entonces es la variante más traicionera, el Recogedor, quien te acecha. Presta oído a los sonidos del monte, porque cuando los grillos callan de golpe y hasta el viento deja de susurrar, es un silencio que ahoga, el preludio de algo que no debe ser visto. Y ante todo, cuídate de las luces que mienten: si ves cuatro llamas bajas y tenues moviéndose acompasadas en la distancia, aléjate, es la procesión funeraria; pero si en la oscuridad a tus pies aparecen ojos diminutos y anaranjados como ascuas, huye sin mirar atrás, porque esa ternura es un señuelo mortal.

Si la sombra se te cruza en el camino, tu voluntad será tu único escudo. Si te encuentras con la Procesión de los cargueros, recuerda: no huyas corriendo, pues tu miedo los atraerá

como un imán; no mires al vacío bajo sus sombreros, porque esa oscuridad puede atrapar tu alma para siempre. En lugar de eso, hazte a un lado del sendero, quédate quieto pegado a la vegetación y baja la cabeza, déjalos pasar en su marcha inexorable y susurra una plegaria por el alma que lleven, pues el respeto puede confundir su interés en ti. Mas si es el Recogedor quien te tiende su trampa, no cedas a la compasión por los pollitos de ojos de fuego, esa lástima será tu sentencia; tapa tu nariz y boca con tu ruana para no inhalar el vapor que nubla la mente y, si el mareo te vence, clávate una espina o muérdete el labio, pues el dolor agudo es un ancla que te devuelve a la realidad el tiempo justo para correr hacia la luz de una casa o el curso de un río, ya que se dice que a este ser le cuesta cruzar las aguas vivas.



La verdadera defensa, sin embargo, no es un amuleto sino la conciencia limpia. El Guando es la condena de la avaricia y la indiferencia; un alma que vive con las manos abiertas, que comparte lo poco que tiene y que no guarda desprecio en el corazón, es un alma que él no puede reclamar con facilidad. Si has sido egoísta, enmienda tu camino, porque la rectificación es el escudo que te hace invisible a su juicio. Y, sobre todo, si el monte te concede la gracia de una segunda oportunidad, no guardes silencio.

Cuenta lo que viste, escribe, susurra la advertencia a quien confíes, porque el secreto es el abono que fortalece su leyenda y su poder.

Que el camino te sea leve.

Mapa

Me quedé solo, con el nuevo cuaderno y el lápiz en la mano. La primera historia que escribiría en estas hojas blancas no sería la mía, sino la de Eliseo. La prueba de que el Guando es un cazador paciente, cuya condena no es solo para los avaros en su tumba, sino para toda una comunidad que trata de olvidar.

Escribí hasta que la luz de la vela se volvió un hilo tenue y el lápiz se gastó hasta el cabo. Estas últimas líneas que ahora lees son el final de la hoja, el borde mismo del papel que me regalaron. Ya no queda espacio.

Y así es. Estas páginas, llenas de carbón, tinta y memoria, han llegado a su fin. Agradezco a la familia de La Independencia, que en su pobreza me dio la riqueza de estas hojas y este lápiz. Fue el empujón que necesitaba para entender que mi trabajo no ha terminado.

Pero sobre todo, gracias a ti, que lees esto. No sé cómo este diario llegó a tus manos, si por casualidad o por un designio que ni tú ni entendemos. Pero sé que si has llegado hasta aquí, no eres un lector cualquiera. Eres el siguiente par de ojos en vigilar esta frontera invisible. Guarda estas páginas. Cuida de sus advertencias. Porque los mitos que aquí escribo no morirán mientras alguien los recuerde. En cuanto a mí, el amanecer me encuentra listo. He lavado mi ruana azul y empacado mi morral. No con mucho, pero con lo necesario. Kuqui,

el perro flaco, me mira desde la puerta como si supiera que esta vez el viaje será largo.

Mi rumbo es hacia el norte, hacia las tierras del Huila. Me han llegado rumores de un hombre sabio que vive cerca al río Magdalena, un viejo que conoce las historias más antiguas, las que hablan de la Madre de Aguas y de los secretos que esconde el río. Él podrá darme respuestas, y quizás, también, el papel y los carbones que necesito para continuar.

Este diario está incompleto, es cierto. Pero es solo el primer capítulo. Donde este se termina, otro comenzará. Porque los mitos no conocen fronteras, y yo, Teyuna Yat, he prometido seguirlos hasta la última página.

Cuídate, lector. Y mantén los ojos abiertos.

— Teyuna Yat. Desde el sendero que lleva al río grande.

*Las hojas se acaban,
pero el relato no. Esto no
es un adiós, es un hasta
pronto.*



“El viento borraré mi nombre. El fuego consumió mis palabras. Pero si recuerdas lo que aquí escribí, mi rostro siempre estará contigo.”

— Teyuna Yat

—AGRADECIMIENTOS—

Quiero comenzar agradeciendo a mi familia.

A mi padre y a mi madre, por ser mi primer y más firme impulso, por enseñarme que la constancia, con paciencia, siempre abre un camino.

A mis abuelos, por sus relatos y vivencias, que me tendieron un puente hacia un mundo de memoria y tradición.

A la presencia lejana de mis bisabuelos, cuyo recuerdo no solo inspiró esta historia, sino que me recordó que, por lejos que uno vaya, la raíz siempre permanece.

A mi novia, compañera incansable de esta aventura. Estuvo a mi lado en las silenciosas bibliotecas, en los viajes inciertos, en las largas búsquedas de historias perdidas y, sobre todo, en esos momentos en que el cansancio opacaba la ilusión. Sin su compañía y su fe inquebrantable, este libro no existiría.

A todas las personas que generosamente me abrieron sus álbumes y sus recuerdos, compartiendo conmigo relatos, mitos y versiones que dieron vida a este proyecto con sus voces diversas y auténticas.

A mi profesor y director de proyecto, quien con paciencia y sabiduría me guio para encontrar y fortalecer mi propio trazo, iluminando cada paso de este camino.

Crear un personaje y darle una historia fue para mí un reto inesperado. Yo solo me consideraba ilustrador. Pero al sentarme a escribir, al intentar darle voz a uno de mis dibujos, descubrí lo profundamente emocionante y abrumador que podía ser. Hubo días de diversión y descubrimientos brillantes, y otros de pura frustración, en los que las palabras parecían huir de la página. Este libro es el resultado de ese viaje íntimo entre la imagen y la palabra, entre la duda y un pequeño destello de certeza.

A todos, mi más sincero gracias.



— SOBRE EL AUTOR —

Lino Fernando Mera Espinosa nació en Popayán, Cauca. Su infancia transcurrió entre el verdor de la zona rural y las historias que contaban sus bisabuelos, semillas de un mundo fantástico que años más tarde daría fruto en este libro. La vida lo llevó después a recorrer diversos rincones de Colombia, desde la energía de Cali y Buenaventura hasta el paisaje cafetero de Pereira, experiencias que ampliaron su mirada y enriquecieron su narrativa.

Aunque siempre le gustó dibujar, fue en la universidad donde descubrió su verdadera pasión por la ilustración. Desde entonces, se define como un eterno aprendiz que trata de mejorar cada día, encontrando su voz en el trazo y, ahora, en la palabra.

Su universo creativo se nutre de un crisol de influencias: la atmósfera sonora de la música, la narrativa inmersiva de videojuegos como *The Witcher 3*, el misterio de cómics y series como *Gravity Falls*, y la potencia visual del grabado en maestros como Goya y Gustave Doré.

Entre Sombras y Espíritus: El diario de Teyuna-Yat es su ópera prima, un proyecto íntimo que nació del deseo de mantener vivos los mitos de su tierra, acercándolos a las nuevas generaciones a través de su propio lenguaje visual y narrativo. Fue un salto al vacío—un desafío complejo para un ilustrador que decidió aventurarse en la escritura—, pero el resultado es el fruto de un viaje personal entre la imagen y la palabra, entre la duda y la determinación.

Cuando no está dibujando o escribiendo, probablemente esté leyendo cómics de terror, encontrando tesoros para su colección de figuras, jugando videojuegos o entrenando—un nuevo hábito que, como todo en su vida, aborda con dedicación.

Actualmente, trabaja en una continuación que explore mitos de otras regiones del Cauca, convencido de que las historias antiguas merecen seguir vivas en el imaginario contemporáneo.

Lino Zomb



Nota del Autor

Este diario es el resultado de un largo proceso de investigación-creación. Para dar forma visual a los seres mitológicos, partí de las descripciones de los narradores y, en una fase exploratoria inicial, utilicé inteligencia artificial (Gemini y Sora) para generar poses y composiciones de referencia. Es crucial aclarar que estas imágenes de IA fueron solo el punto de partida, un “trazado” inicial que luego fue reinterpretado, dibujado y pintado digitalmente por mí para crear el arte conceptual, las hojas de modelo y las ilustraciones finales presentadas aquí. El arte que ves es, por lo tanto, el fruto de una mediación artística y ética consciente.

